

Brief Historical Relation of the Martyrdom of Four Dominicans in Japan in 1634

INTRODUCTION

On June 1, 1602, upon invitation of the *daimyo* of Satsuma, Iehisa Simatzu, a small group of Dominicans sailed from Manila bound for the distant shores of Japan and, after a month of navigation, they landed in the little island of Koshiki, situated only a few miles from the city of Kagoshima in the bigger island of Kiushiu.

In inviting the Dominican Friars to preach the Christian faith in his dominions, Simatzu hoped that they might become instrumental in attracting the Spanish trade to his petty kingdom, but his initial enthusiasm gradually began to cool off when he realized that the aim of those white men, clothed in flowing robes, was not precisely the soul of business but the business of the souls.

Such an unexpected setback forced the Fathers to spend three long years in the poor and backward island of Koshiki, mainly occupied in prayer and penitential practices, without doing any extensive apostolic work, until they grasped an opportunity to transfer to the more important mission post of Kyodomari, Kiushiu, in 1606. Later, in 1608, having being expelled by

Simatzu from this place, they set foot in the famous commercial city of Nagasaki, which in the succeeding years was to become the main theater of their apostolic endeavours, sufferings and martyrdoms.

By this time, one of the most enterprising of those missionaries, Father Alonso the Mena, had already succeeded in setting up three residences in the kingdom of Hizen, Kiushiu, and in 1610 Father José Salvanés opened one more in Kyoto.

Then came the persecution of 1612, which meant the destruction of their makeshift churches and residences and the dispersal of the mission personnel through the various provinces of southwestern Japan.

In 1614, when the *shogun* Ieyasu (Daifusama) decreed the expulsion of all the missionaries, some of them went back to Manila, while others, not wanting to leave the Christians without spiritual guides and facing all sorts of risks, preferred to stay in hiding.

The succeeding events form an unbroken chain of sufferings, of endless wanderings, of heroic deeds, of imprisonments, of arrivals of new missionaries amid a thousand dangers and difficulties, of martyrdoms and triumphs.

Among the several groups of Dominican martyrs, who laid down their lives in Japan for the sake of Christ, the following stand out: Blessed Alfonso Navarrete († 1617), who together with the Augustinian Fray Hernando de Ayala voluntarily offered himself to the persecutors in order to animate the Christians; the Nagasaki group, burned to death some of them by the process of slow fire, on 10 September 1622, of which 7 were Dominicans, two of them Japanese, with seventeen other religious missionaries, and a good number of Christians; and, in 1637, the last group, consisting of 2 Spaniards, 1 French, 1 Japanese and a Filipino mestizo from Binondo, named Lorenzo Ruiz, both laymen.

Before this last group, there went to the gallows on the hollowed hill of Tateyama, near Nagasaki, in the year 1634 a small squadron of four, namely: Frs. Jordán Anzalón de San Esteban, an Italian, and Tomás Rokuzaemon Nisi, a Japanese, both priests; and two Japanese maidens, Marina and Magdalena, who,

for her shiny chastity the first, and unshaken courage the second, did honor to their sex and race.

The narrative of their lives, sufferings and martyrdoms has come down to us through the pen of Father Francisco de Paula in a manuscript, which to all appearances dates from the middle of the 17th Century and still remains well preserved in the archives of the Province of Our Lady of the Rosary in the Philippines (Cfr. APSR, MSS, "Japan", Vol. 3, Doc. 6, Fols. 121-128).

Father Paula was born in the Spanish city of Segovia and joined the Dominican order in 1614. Towards the middle of 1622 he arrived in the Philippines, where, in the lapse of the years he first ministered to the Chinese, and succesively acted as professor of Santo Tomás College since 1623, Vicar of the Parian of the Sangleys in 1635, rector of Santo Tomás two years later, Provincial for a fourth year term (1641-45), President for some years of the San Gabriel Hospital, Rector again of the University of Santo Tomás in 1656, and the next year, due to the unexpected death of the incumbent Father Jacinto Galí, Provincial again (1657-61). Full of years and merits, he passed to his eternal reward in Manila on 5 April 1664, while the Royal decree announcing to him his presentation for the See of Nueva Caceres was on its way to the Philippines.¹

Lastly, we wish to thank Father Benito Vargas, O.P., Chaplain of the Clinical Division of the Hospital of Santo Tomás University, for the accompanying translation.

FR. PABLO FERNANDEZ, O.P.
University of Santo Tomas

¹ Cfr. Hilario Ma. Ocio, O.P., *Compendio de la Reseña Biográfica de los Religiosos de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas*, Manila, Establecimiento tipográfico del Real Colegio de Sto. Tomás, 1895, págs. 117-118.

BREVE RELACIÓN DE LOS TRIUNFOS Y TROFEOS
DE LA PERSEGUIDA IGLESIA DE JAPÓN EN LOS
ESCLARECIDOS MARTIRIOS DE CUATRO GLO-
RIOSOS MÁRTIRES: DOS RELIGIOSOS DE NUESTRO
PADRE SANTO DOMINGO, Y DOS RELIGIOSAS DE
SU TERCERA ORDEN, Y TODOS DE ESTA PROVIN-
CIA DEL SANTO ROSARIO DE FILIPINAS, TRABA-
JADA POR EL RDO. P. LECTOR DE TEOLOGÍA, FR.
FRANCISCO DE PAULA

CAPÍTULO 1. *De la entrada del Venerable P. Fr. Tomás de
San Jacinto en el gran reino de Japón.*

Entre los ilustres “doxicos”, o maestros del Evangelio, que tuvo Japón en tiempo de paz y de su primera inquietud, que ejercían el oficio de predicadores a falta de ministros sacerdotes, fue un Tomás Fioji natural de Firando, ciudad noble y populosa en el reino de Japón, hijo de Gaspar Naiqui y de Ursula Toy, el cual vino a estas Islas Filipinas, no huyendo la persecución que ya había comenzado en Japón, sino con blanco y deseo de estudiar Artes y Teología, y tomar hábito de religioso, para volver aprovechado en letras y virtud y hacer con suficiencia lo que con dificultad hacía con sola Gramática y con el estudio que por sí solo había tenido, leyendo algunos libros de vidas de santos y de devoción. Del familiar trato que había tenido en Japón con religiosos de Nuestro Padre Santo Domingo se le pegó un entrañable deseo

de imitar su profesión y religioso modo de vivir; y así, luego que llegó a esta ciudad de Manila lo intentó, y pidió el hábito de religioso de Nuestro Padre Santo Domingo en este su religiosísimo convento de Manila. La diversidad de pareceres que siempre ha habido acerca de si conviene o no dar hábitos y ordenar japones, fue causa de querer probar más y experimentar su natural y deseos, y, por no despedirle, que era perder lo mucho bueno que descubría (que desde luego se conoció que era persona de prendas y de muchas esperanzas), por eso le admitieron en un colegio y universidad que esta Provincia tiene de estudios generales, a do estudió las Artes y salió tan aventajado en ellas que, en contraposición de otros sus condiscípulos, se llevó por mejor estudiante el Acto general de Filosofía, el cual le tuvo tan aventajada y lucidamente que se juzgó que podía leer las opiniones que había defendido. Era elegante latino, y muy entendido en reglas de libro, de ingenio agudo y claro, y así le lucía mucho el continuo estudio y trabajo con que estudiaba, no solo lo que le leía su lector sino lo que hallaba en otros autores.

El modo de proceder, tan compuesto y virtuoso, de Tomás Fioji, y con las muchas y buenas muestras que dio en los dos años y más que tuvo de aprobación en el colegio de Santo Tomás, dispuso los ánimos de los Padres lectores para que pidiesen y solitasen el hábito de Nuestro Padre de Santo Domingo, y de los demás religiosos del convento para que sin temor ni recelo alguno le recibiesen al hábito para religioso del coro, con general gusto y aceptación de todos, el cual recibió en compañía del glorioso mártir P. Jacobo de Santa María, de cuyo glorioso martirio, con el de otros religiosos de esta misma Provincia, se envió relación a España el año de 1634, compuesta por el Sr. Don Fr. Diego Aduarte, obispo de la Nueva Segovia, de nuestro hábito y de esta Provincia.

Lo que más se teme en los japones es el recio natural que comúnmente tienen, a quien ordinariamente sigue y acompaña la soberbia, estimación propia, desprecio de las demás naciones. Y lo que más lució en Fr. Tomás de San Jacinto (que este el nombre que mudó con el nuevo hábito) fue una grande mansedumbre, profunda humildad con que por todo el año del noviciado y el demás tiempo de su frailía no le oyeron sus connovicios palabra alta ni descompuesta, que por ser japon fue prueba de su mucha

virtud, con que domaba el natural. No le vieron acción digna de reprehensión. No era atado ni encogido para las cosas del ministerio de la Orden y ocupación de novicio, como lo son de ordinario los de su nación; antes con rostro alegre y con boca de risa era el primero que acudía a registrar en el coro los libros, a leer y servir en el refectorio. No extrañaba nuestro trato y conversación, como lo han hecho otros religiosos de su nación; antes el tiempo señalado para la comunidad acudía a ella con mucho gusto, y podía entender mejor que otros japones y hablar con ventajas nuestra lengua española.

Fue muy dado a la oración, y, con ser a los principios, era tanto el gusto que percibía en ella que, a las dos horas que para ello tiene señaladas esta Provincia, añadía muchos ratos. El ordinario era traer el rosario en la mano y andar en continua oración. En estos ejercicios, y en otros de ayunos y disciplinas, pasó aventajadamente el año de probación y noviciado, y profesó en 16 de agosto de 1625, siendo de 39 años y, profeso, prosiguió con los estudios comenzados de Teología, y en breve tiempo aprovechó mucho por su mucho cuidado y aventajado natural, sin olvidarse, con las ocupaciones del estudio, del ejercicio de la oración.

Cuando la Majestad de Nuestro Señor fue servido de apiadarse de la ciega gentilidad del populoso reino de China y dar principio a su conversión en sus mismas tierras, dispuso los ánimos de los que gobernaban esta República para que diesen licencia para ir a poblar en Isla Hermosa, puerto y puerta de aquel gran reino, por estar muy cerca de él. Quiso el Rdo. P. Fr. Bartolomé Martínez, hijo del convento de San Esteban de Salamanca, entonces Provincial de esta Provincia (de cuya fervorosa vida, santa y rigurosa, acompañada de milagros, se hizo *Relación*, enviada a España el año de 1633) hallarse en esta honrada y nueva conquista, sin reparar en los trabajos y peligros que en semejantes acciones se ofrecen, por el amor que tenía a China, y por lo que le había costado de solicitud y cuidado la jornada. Llevó consigo, entre otros religiosos, al P. Tomás de San Jacinto, ya sacerdote y expuesto para confesar y predicar. Supo el buen religioso cuando le aprestaron para la jornada que las embarcaciones que habían de ir a la conquista, habían de tomar puerto en la provincia de Caga-

yán, para rehacerse, tomar nuevo socorro de indios y de comida, y naturalmente lo sintió por el mal temple de aquella provincia, que predomina en la salud y vida de los japoneses, pues cuantos allí llegan, enferman y mueren luego, como le sucedió, entre otros, al P. Luis de San Tomás, sacerdote, gran estudiante y aventajado en la latinidad, hijo de hábito de este convento de Manila, y del espíritu y celo de Nuestro Padre Santo Domingo; tan obedientes ambos que, tragando la muerte, como la tragaron, cuando les dijeron que habían de ir a la provincia de Cagayán, no se excusaron con su Prelado, ni dieron muestra de sus sentimientos de no haber de ayudar la afligida cristianidad, tan falta de ministros y tan tiranamente persiguida, ni dar la vida, como deseaban, por el buen ejemplo de sus hermanos; antes, obedientes y vencidos, se entregaron a la muerte, que fue sin duda alguna acto heroico en estos dos Padres.

Fue el Señor servido de guardar al P. Fr. Tomás para honra de esta Provincia y testigo de lo que había de enseñar en Japón, habiéndose llevado a su compañero el P. Fr. Luis de Santo Tomás en la provincia de Cagayán, a do luego que llegó, enfermó de una grave enfermedad, y murió de ella, dando muestras de aventajado confesor, mártir en los deseos; mas, como no llevaba el P. Provincial, Fr. Bartolomé Martínez, al P. Fr. Tomás de San Jacinto para la conservación de los naturales de aquella isla, ni de los del reino de China, sino para la conservación de Japón (que para todas estas misiones llevó el P. Provincial compañeros, dos para Japón, dos para China y cuatro para la Isla Hermosa), dentro de un año después que llegaron, y de haber participado de los muchos trabajos que tuvo en la nueva conquista, llevó el mismo P. Provincial a la Shama, isla sujeta a Japón, al P. Fr. Tomás, a do le dejó solo por haberse muerto su compañero, con ornamentos, dineros y orden que en la primera ocasión se pasase a la tierra de Japón y se presentase ante su prelado y Vicario Provincial, el P. Fr. Domingo de Erquicia, de quien se escribió una larga relación el año de 34, y de quien hoy dicen, y no acaban, los que le trataron y alcanzaron su gloriosa vida y martirio.

CAPÍTULO 2. *De la venida del venerable P. Fr. Jordán de San Esteban a esta Provincia, y de su entrada en Japón.*

No tenemos más noticia del nacimiento del venerable P. Fr. Jordán de San Esteban que saber fue natural de Sicilia, y que los

deseos de pasar a Japón y dar la vida por Cristo le sacaron de su provincia y llevaron a la de España, donde aguardó tiempo y ocasión para embarcarse. Prosiguió y acabó sus estudios en el convento que la Orden tiene en la ciudad de Trujillo, dando siempre muestras de aventajado estudiante y de perfecto religioso. Era muy notada, aun de seglares, su modestia natural, empacho y religioso recato en no mirar ni hablar con mujeres. Fue, por su llaneza, afabilidad y agradable trato, muy querido y estimado de todos en aquella ciudad de Trujillo, y comunicado de personas devotas que, con ser mozo y actual estudiante, le comunicaban como a persona de mucho espíritu y a maestro en la virtud.

Llegó en esta sazón al dicho convento de la ciudad de Trujillo el P. Fr. Juan de San Pablo ,y, como testigo de vista, pudo decir mucho de la observancia y religión de esta Provincia, del ministerio de sus religiosos, de los gloriosos frutos que cosecha tan en honra de Dios y gloria de su santa Religión. Todo lo que el Padre decía eran centellas que iban disponiendo el corazón del venerable P. Fr. Jordán, que, como tan devoto y religioso y celoso del bien de las almas, oía con mucha atención todas sus palabras, y, porque no se volviesen vacías, las rumiaba y meditaba en su corazón, y, como él después acá refería, le parecían las palabras que el Padre había dicho, una carta por do el Señor le avisaba de lo que convenía hacer en su servicio. Mas, cuando llegó el R. Fr. Juan de San Pablo a contar la apretada persecución de Japón, el de recibir la fe de los japones, y el valor con que por ella padecían los muchos mártires que padecen, y con su sangre han regado aquella tierra fértil, y que no da el fruto tan copioso que de tal riego se esperaba, solo por falta de obreros, entonces fue cuando del todo se encendió en amor divino y se resolvió dejarlo todo por Cristo, pasar a estas partes, por si su buena suerte le llevaba al poderoso reino de Japón, a do pudiese enseñar y predicar nuestra fe y dar la vida por ella.

La Majestad Católica de nuestro rey y señor Felipe IV (que viva felices años), con los deseos tan cristianos que tiene de ver muy medrada esta nueva Iglesia, dio permiso y dineros de su Real caja, el año de 1625, para que veinte religiosos de nuestra Sagrada Orden pasasen a este nuevo mundo para el ministerio y beneficio de las almas. Llegó esta nueva, tan pedida al Señor y deseada, al P. Fr. Jordán, que la recibió como venida del Cielo,

con mucha ternura y devoción, y con lágrimas de contento en los ojos; y, habiendo comunicado sus deseos con personas de virtud y letras, por no ser fácil en lo que pide tanto consejo, y todas fueron de parecer que era llamamiento divino e impulso del Señor el que le llamaba, y que convenía para su servicio el alistarse para aquella jornada. El cual, batallando con sus encendidos deseos de hacer y padecer algo por Cristo, que le animaba para la jornada, y con su mucha humildad de que no era digno de ser del número de los escogidos para tan alto y apostólico ministerio, que le detenía, quedó de ambas partes vencido y se resolvió a venir, para servir siquiera a los religiosos que viniesen escogidos para este ministerio.

Con esta resolución, pidió asignación al prelado y Vicario de la barcada, y trató de despedirse de todos, religiosos y seglares, lo cual se hizo con lágrimas y sentimiento de ambas partes, y, dejándolos muy edificados y envidiosos, se fue a pie y pidiendo limosna hasta Sevilla, do halló sus compañeros aguardando el tiempo de la navegación.

El tiempo que duró la navegación, siempre se ejercitó en obras de caridad, enseñando la doctrina a los pequeños, predicando y amonestando a los mayores, y siempre cuidando con mucha caridad de los pobres y enfermos. Trabajó estrecha amistad con su venerable lector Fr. Jacinto de Esquivel, del convento de Santo Domingo de la ciudad de Vitoria, de cuya santísima vida y feliz fallecimiento, con lauro de mártir, se imprimió una *Relación* del año de 1634; y quedan mayores cosas que imprimir de su mucha pobreza, humildad de obras y muchas penitencias con que se dispuso para recibir conocidamente el lauro de doctor y de mártir, y quizás el de virgen, que así lo imaginamos los que con cuidado contemplá-bamos su casto y honesto modo de vivir.

En otras cosas que sacó del trato y conversación del santo P. Fr. Jacinto una fue un singular retiro y no querer tratar ni conversar con seglares, sino es cuando la caridad lo pedía.

En llegando a Méjico, fue extremado este recogimiento, que allí a do sabía que se halla con más felicidad a Dios, le buscaba, y para eso dejaba a los hombres, y, para salir con esto, de suyo a los principios dificultoso, tomó por medio retirarse y apartarse de sus mismos compañeros y religiosos de su barcada, con que juntamente ganaba tierra y tiempo para sus santos ejercicios.

Fue inimicísimo de ociosidad, y así en poco tiempo que estuvo en Méjico hizo muchas cosas, escribió resumidamente en buen latín las vidas de los santos de nuestra Religión, cuyos escritos por buenos los guardó un religioso grave de su barcada y hoy venera por reliquia de tan gran santo. Llegado el tiempo de proseguir su jornada, un religioso afligido con pensamientos de volverse a España (que estas inquietudes causa el demonio aun en los más aventajados, porque de ellos teme mayores frutos, que es lo que él siente) le preguntó al P. Fr. Jordán si había tenido pensamientos de volverse a su provincia, y respondió: "No soy el Jordán que vuelve atrás; que, aunque me cueste la vida, he de proseguir lo comenzado;" y así lo hizo, yendo a pie hasta el puerto de Acapulco, siendo el peor camino que se conoce. Allí se embarcó para estas Islas, y llegó a esta ciudad de Manila por julio del año de 1626, habiéndose asimismo ejercitado en la segunda navegación en obras santas y pías, como en la primera, que en cosas de virtud siempre se le conoció que iba adelante y a más.

Entre las acciones religiosas de mayor mérito, nacidas de la virtud de la obediencia que hacen los ministros que vienen a esta Provincia, una y la mayor, a mi ver, es el resignarse de nuevo y ponerse en manos de la obediencia para que en muchos ministerios que la Provincia tiene le envíen do le pareciere que convenga, sin atender a la inclinación o gusto del religioso súbdito. Porque, si bien es mucho dejar sus tierras y lo que en ella espera el religioso dentro de su Religión, al fin él lo escoge y lo quiere. También es mucho exponerse a los trabajos y descomodidades del mar, pero la suerte que le cabe en el repartimiento que se hace es, lo uno de necesidad muy trabajosa, más o menos, según la diversidad de los ministerios y dificultad de las lenguas y malos temples de las tierras; y lo otro es suerte que se debe tomar para siempre mientras la obediencia no le ocupa en otra cosa. Y así monta más, a mi ver, una perfecta resignación e indiferencia para todo lo que le mandaren que el haberse resuelto él a venir a esta tierra, sino es que, cuando se resolvió, tuvo premeditado este lance.

Al P. Fr. Jordán le cupo de lo mejor que esta Provincia tiene, que es el ministerio de chinos, en compañía del santo mártir Fr. Jacinto Esquivel, que esto tuvo de suerte y consuelo, que de ordinario suele faltar, porque sucede, sin pretenderlo el prelado, apartar más los amigos. En esta lengua, que solo se fía de personas

de su caudal, por ser la más dificultosa, salió aventajado ministro; supo leer y escribir sus caracteres que, por la suma dificultad que tiene el entenderlos, han sido muy pocos los que la han vencido; y, lo que ninguno ha podido, pudo con facilidad el P. Fr. Jordán, que fue saber el canto de esta nación. Todas son pruebas de su mucho ingenio y de la facilidad con que deprendía lenguas extrañas. Supo algunas de Europa: la latina, la griega, la china, la de Cagayán que en poco tiempo que allí estuvo la supo, y predicaba y confesaba en ella. Supo después la japona.

A do se ejercita más la caridad, que en segundo lugar mira al bien espiritual y temporal de los prójimos, es un hospital de chinos que tiene a su cargo esta Provincia, a do se trabaja mucho con gran remedio espiritual de los enfermos de esta nación, pues, por la bondad del Señor, siendo todos los que acuden a este hospital infieles, todos los que mueren, que son muchos, mueren recién bautizados. Y de los que salen sanos, muchos salen limpios del alma, habiendo recibido el agua del santo bautismo. Este hospital era el centro del P. Fr. Jordán y su continua morada, do a manos llenas hallaba y cogía todo lo que podía desear para ejercitarse en bien de las almas y beneficio de los cuerpos. Aquí fue donde descubrió el P. Fr. Jordán los muchos quilates de su paciencia, sufriendo las impertinencias de los chinos; mostró más su mucha caridad regalando y acariciando los enfermos, dándoles de comer muchas veces por su mano; y se acabó de conocer su mucha humildad con que servía y limpiaba los enfermos. Y, aunque estas ocupaciones eran muchas, le ocupaban el tiempo. Era tal ahorrador de él que, sin faltar al coro y horas de oración, en que era puntualísimo, trató de componer un libro do trataba de los ídolos y sectas de China y de su origen y principio; obra que fuera de grande importancia para los ministros de esta lengua si acabara. Dijo el P. Fr. Miguel R. Ruiz, hijo del Real convento de Santa Cruz de Segovia y Provincial de esta Provincia, viendo la ocupación continua del P. Fr. Jordán, la solicitud con las cosas del ministerio, y el cuidado con las de su alma, viéndole tan pobre que de ordinario traía hábito y zapatos rotos, tan abstinente y observante que era perfecto ministro del Evangelio, y que trataba como se debía tratar negocio de tanta importancia.

Es gran testimonio de la buena vida que ejerció en este hospital el P. Fr. Jordán. Este dicho, por serlo uno de una per-

sona, cuya observancia y puntualidad en la guarda de nuestras Contituciones y modo de vivir de esta Provincia piden de justicia que le veneremos por santo; y lo otro, porque eran muchas las partes que, decía este P. Provincial en los Capítulos, que había de tener un perfecto ministro, y todas ellas las vio y experimentó en el P. Fr. Jordán, cuando lo dijo.

Lo que me admiró siempre fue el cuidado y solicitud que puso en aprender la lengua china, teniendo el blanco de sus deseos o, por mejor decir, el alma y el corazón en Japón; y, fuera de admirar su trabajo cuando solo intentara perseverar en este ministerio toda su vida, pero supo componer dos cosas que dificultosamente se saben adunar; la primera, rendir su inclinación y seguir la voluntad del prelado con tantas veras como si no tuviera para otra cosa apetito y propia inclinación; la segunda, conservarse en sus buenos deseos y firmes esperanzas que tenía de que había de morir en Japón, las cuales no perdió cuando la obediencia le mandó ir a la provincia de Cagayán a deprender aquella lengua, que a otro pareciera camino muy torcido y aun contrario para ir a Japón, y a él le pareció camino derecho para esta jornada el obedecer y aprender lenguas para ser de más provecho a las almas, y con ese fin obligar al Señor que, por corona de estos trabajos, le diese el morir mártir en Japón.

Tuvo muchas contradicciones para no ir a Japón; unas nacían de la estima que se hacía de su persona y de lo mucho que aprovechaba en estas Islas, y otras nacían de sus mismos escrúpulos, que, cuando llevado de su particular inclinación, quería pedir al prelado le cumpliese sus deseos, le atacaban, representándole que no era bien pedir cosa tan grande, y con esto se resolvía a desearlo no más; pero luego volvía y hallaba razones que honestaban el poder ofrecerse un religioso al martirio, y con este fundamento lo pidió con mucha instancia al prelado; y, aunque la obediencia le había vuelto a su hospital y primer ministerio por ver si se quietaba con la golosina de tanto ejercicio, mas no podía consigo, que deseaba sobre todas cosas dar la vida por Cristo; y así volvió a pedir licencia al prelado, el cual se la dio y su santa bendición; y habiéndose concertado con unos chinos mercaderes que iban al reino de Japón, a quienes el prelado dio ciento y cincuenta reales de Japón porque le llevasen. Se embarcó en hábito y traje de chino, a 9 de julio del año de 1632. Hizo feliz viaje; y, aunque

el traje y lengua que sabía de China pudieran muy bien encubriple, de suerte que pasara por sangley chino, aunque fuera de día con todo el recato con que vivía, el santo mártir Fr. Domingo de Erquicia dispuso que entrase de noche en la ciudad en Nagasaki, a do le sucedió lo que el santo Fr. Domingo escribió, avisando de su llegada, que, habiendo de pasar por una de las puertas de las calles de aquella ciudad, entendiendo el P. Fr. Jordán que el ministro de su tierra que la guardaba era el casero de la casa donde le llevaban a esconderle, le echó los brazos al cuello y con mucha alegría le saludó, que por poco le prendieran si el Señor no le guardara para que luciera primero el fruto que se dirá en el Capítulo siguiente.

CAPÍTULO 3. *De los grandes trabajos que padecieron los venerables Padres Fr. Tomás de San Jacinto y Fr. Jordán de San Esteban en el reino de Japón.*

La priesa con que se escribe esta *Relación*, a causa de que vaya a España este año de 1636, por no faltar al cuidado que esta Provincia tiene todos los años, habiéndonos dado el Señor materia para ello en estos gloriosos mártires, es causa de ir más breve de lo que piden las cosas que por ellos sucedieron y de que no se hayan podido averiguar otras cosas, que si bien no tocan ni pertenecen a la sustancia del martirio, fueran de algún adorno para la *Relación*, y de mucha edificación para quien la leyera.

Del tiempo que el P. Fr. Tomás de San Jacinto estuvo trabajando en aquella viña del Señor, y la noticia que él nos da en una carta que escribe a un religioso grave de esta Provincia, fecha en la isla de Tama, a veinte y nueve de mayo de 1629, por estas palabras: "El de guindas (sic) vino aquí en persona y me ha traído por *naguatato* (que es lo mismo que intérprete), y de aquí me envía a Japón por los Lequios, por ser japon de nación. Habrá dificultad de pasar adelante. Yo no soy digno de tan alto ministerio; pero, por ser cosas de obediencia, voy muy contento, aunque V. R. me encomiende a Dios conforme al concierto de cada día. Particularmente, ahora tengo grandísima necesidad de los santos sacrificios y oraciones de V. R. Yo me quedo aquí hasta el principio de junio; pasaré al Lequio grande; y, si pudiere, luego pasaré a Japón. Pasaré, pero si hubiere algún estorbo por haber venido en el navío de los españoles, en Lequios estaré medio año, o cuando mucho un año. Y después, habiendo buena ocasión,

pasaré adelante. Por cierto, por mi parte será gran desconsuelo, estar mucho tiempo entre infieles, sin confesar, sin decir misa. No sé si habrá lugar para poder rezar; por otra parte me consuelo por ser cosa de servicio de Dios. Ya en esta vida no nos podremos ver; con favor de Dios en el cielo nos veremos, etc.”

Buena prueba es la carta referida de lo bien que supo hablar nuestra lengua española y de los trabajos que padecería en aquellas islas y caminos que hizo por mar y tierra. Sólo refiere por trabajos el no poder confesarse, etc., que para religiosos de su espíritu estos son los mayores, si bien tolerables cuando son por la obediencia, como el Santo dice. También es prueba del tiempo que estuvo en Japón, pues consta de su martirio que fue el año de 1634, y él entraría en Japón el año de 30. En estos cuatro años bien se deja entender lo que trabajaría en viña tan necesitada, siendo tan elegante lengua, tan cuidadoso y tan entendido; y, cuando la necesidad de Japón es tan grande y la persecución tan apretada, bien se deja entender que había muchas cosas que nos harían bien al caso para esta *Relación*. Buscan con solicitud los ministros las ocasiones de confesar y animar para confesar la fe que creen y tienen arraigada en el corazón, que estas son las caídas de algunos flacos que tienen, entre muchos fuertes, Japón. Y los menos son los que reniegan. Y, cuando los ministros se descuidaran, son tantos los que este pan de fuertes buscan con todo cuidado y solicitud, para que les dé animo y valor para padecer por su Nombre, que no les dejaran descansar un punto. De noche confiesan; al amanecer dicen misa y dan la Comunión; de día andan por los montes escondidos por no ser hallados y porque participen todos de los pocos ministros que hay en Japón; de do nace ser las confesiones de cuatro y seis años, y de más.

La noticia que tenemos del año que estuvo en Japón el P. Fr. Jordán de San Esteban es cierta, pues llegó el año de 1632, y padeció el de 34, y de lo mucho que trabajó en tan poco tiempo diré no más de lo que él escribe en un capítulo de una larga carta escrita con un pincel a falta de pluma: “Hice dos salidas por los reinos comarcanos de Nagasaki; la primera vez entré en unos lugares, a do ocho años había que no entraba religioso. Confesé a muchos y levanté a otros. Volví otra vez, y fui entrando con una buena guía en todos los lugares de Vomura, y esta vez catequicé y bauticé a un infiel, hice confesiones de veinte años, etc.”

No escribe, y menos encarece sus trabajos, ni aun le debían de parecer las descomodidades trabajosas, ni hace caso de haber andado siempre mal comido y peor dormido, escondido en los montes y trabajando en los poblados, que estos son los trabajos, por mayor, que nos han dicho personas que vienen de aquel reino que pasaron estos dos mártires.

Solo refiere en la misma carta trabajos de una enfermedad que se le debió de causar de los trabajos de las dos salidas, que refiérelas por estas palabras: "Quiso el Señor por su justo juicio que cayese enfermo de una enfermedad peligrosa que entendía iba de morir de ella. Y así fue forzoso volver a Nagasaki, de donde había huido, etc." En todo el tiempo que ha durado la persecución de Japón, no ha muerto religioso alguno de enfermedad; todos los quiere el Señor para testigos de su fe; y así, habiendo enfermado de enfermedad grave y peligrosa, no quiso el Señor que muriese, antes le sucedió en confirmación de esto lo que él escribe, prosiguiendo su carta, por estas palabras: "En cuatro o cinco días convalecí, porque la Virgen Santísima me sanó, pidiéndoselo yo encarecidamente me sanase hasta que me matasen por Cristo, etc." No será fuera de propósito, refiriendo los trabajos que padeció en Japón el P. Fr. Jordán, poner aquí otro capítulo de su carta, que dice así: "Cogiéronme un tratado que había escrito *De divinis judiciis*". Siempre andaba meditando el P. Fr. Jordán los juicios del Señor en haberle llevado a Japón, y así a su libro intituló *De divinis judiciis*". Dice más en su carta, había escrito la *Relación* de los santos mártires (quiso el Señor que dejasen *martyrem* de *martyribus laborare*) en latín, el más elegante que pudo, y dejó en casa del mayordomo del Rosario, etc. A los escritos llamamos trabajos, y estos lo son milagrosos, pues no parece que haya habido tiempo para haberse escrito en tan corto tiempo y tan ocupado.

Cuando dejó el P. Fr. Jordán por enfermo a Vomura y sus confines, y vino a la ciudad de Nagasaki a curarse, halló, como dice en su carta, al P. Fr. Tomás, que le fue de gran gusto y de mucho consuelo en su enfermedad; y, queriendo el P. Fr. Tomás ir a suplir la falta que hacía el P. Fr. Jordán en aquel reino, le dijo estas palabras: "Hermano, no se vaya de aquí hasta que hagamos la fiesta de Nuestro Padre, por que estaba muy cerca, etc."

Este es el estilo y la llaneza religiosa con que se trataban; señales del amor que se tenían y en que se fundaba la hermandad, que la que se funda en ser de un hábito no permite entre nosotros llamar a un sacerdote hermano, aunque sea prelado, como lo era el P. Fr. Jordán del P. Fr. Tomás, después que padeció el P. Fr. Domingo de Erquicia, que lo era de ambos. Lo cual reconoció con grande humildad el P. Fr. Tomás, viniéndole a dar la obediencia de muy lejos y remotas partes, como lo pondera bien el P. Fr. Jordán en su carta. Esta hermandad que se trabó en Japón y les juntó en un querer y en una voluntad, me ha hecho a mí juntar las cosas sucedidas a ambos en Japón en este Capítulo conjuntamente. En el Capítulo siguiente diré de sus gloriosos martirios por haber padecido juntos que *quomodo in vita sua dilexerunt se, ita et in morte non sunt separati*.

CAPÍTULO 4. *De los gloriosos martirios que padecieron los venerables PP. Jordán de San Esteban y Fr. Tomás de San Jacinto.*

Como las obras de Dios son perfectas, y la salud y mejora del P. Fr. Jordán fue milagrosa, quedó del todo sano y bueno en cinco días, y muy alentado y con nuevos deseos de volver a trabajar en la viña del Señor; y, aunque quisieran los dos compañeros disponer sus caseros y a otros conocidos y cofrades del Santo Rosario para que confesasen y comulgasen el día de nuestro glorioso Padre Santo Domingo, y así les ayudasen a celebrar su fiesta, no les dio lugar a ello la rigurosa inquisición que se hacía en Nagasaki para descubrir y hallar al P. Fr. Miguel, japonés, religioso profeso del Señor San Agustín; antes les obligó a salir de la ciudad, no tanto huyendo la prisión, quanto por no ser hallados en la casa de su casero, que, aunque deseaba padecer trabajos, no quisieran ellos que los padecieran otros de no tanto espíritu que había en la casa. No era mucha la gana de huir la dificultad, pues se fueron a esconder a una cabaña que estaba en la estancia de Misuiura, muy cerca de la ciudad, a do, por no hacer gente les pareció que estaban seguros de ser descubiertos. Pero habiéndoles llegado la hora, fueron hallados y presos a 4 de agosto de 34, día de nuestro glorioso patricarca Santo Domingo, que fue para ellos día de domingo y de fiesta por dos títulos, que en tal día les había de suceder tan buena suerte a hijos tan verdaderos del glorioso Padre.

De allí les llevaron a la ciudad de Nagasaki, y pasaron por medio de sus principales calles, atadas las manos atrás y echado un lazo de una sogá a la garganta, de do tiraba uno de los ministros de justicia. Iban, asimismo, muy acompañados de soldados y ministros de justicia, y todos muy gozosos por haber hallado unos y otros premio de sus trabajos: los religiosos el eterno, y los japoneses el temporal que ofrecían y daban de dinero a los que hallaban ministros del Evangelio. Solo los cristianos de Nagasaki lloraban su soledad y la falta que habían de hacer tales ministros; y, con el confuso ruido y algazara que ellos hacen esta acciones (que atemoriza el oírlo contar) les presentaron en la audiencia ante los tiranos y jueces de aquella ciudad.

Siente mucho el soberbio que no se le humillen todos, y así llevaron muy mal los jueces que el P. Fr. Jordán no les hubiese hecho cortesía luego que llegó a su presencia, y que se hubiera quedado en pie mirándoles a la cara con mucha entereza, siendo uso de Japón que todos en su presencia se les postren en tierra, y ponen la cabeza en el suelo. Lo cual hizo advertidamente el P. Fr. Jordán, como refiere en su carta para dales a entender con las obras lo que después dijo y explicó de palabra: que hombres que tan poco respeto tenían a Dios y a su ley santa, y faltaban a estas obligaciones, no merecían que él usase con ellos la cortesía que disponen sus leyes. Aun se entiende que sintieron más el modo de responder a las preguntas que le hicieron al P. Fr. Tomás, que, imitando al glorioso mártir San Cipriano, no le pudieron sacar más que un sí, cuando le preguntaron si era religioso o cristiano; y un no, cuando le volvieron a preguntar si quería renegar. Escribe el P. Fr. Jordán que en esta primera audiencia tuvo muchos dares y tomares. Confesó ser religioso de Santo Domingo, y que el Señor le había llevado a Japón para desengañarles, y que no tenía casa permanente en la tierra; que siempre había andado en busca de la del cielo; sabio y discreto modo de ocultar de donde había salido y quién le había llevado a Japón para desengañarles, y que no tenía casa permanente en la tierra, y con eso ocultó las casas de sus caseros. Pero mayor sabiduría mostró en la respuesta que dio cuando le dijo el juez que ya sabía que era una de las espías que el rey de España tenía para tomarles el reino. Dijo de esta manera: Hante engañado y mentido; y la razón es evidente y clara, porque — dijo — vengo en primer lugar a hacer su reino

cristiano, y después los demás, y esto mismo desea mi Rey, y el motivo de ambos es al amor que os tenemos, que en amor se funda la ley de los cristianos, dicho se está que no os hemos de tomar vuestro reino, que eso fuera venir por interés, y no quereros bien sino mal. ¡Sea el Señor bendito por siempre! y cuán ciertas son sus divinas promesas que da en aquella hora palabras para confundir la soberbia del tirano.

Y con esto les mandaron llevar a la cárcel, que estaba dentro de la misma ciudad de Nagasaki, cuatro cuadras apartada de la audiencia. Tenían de nuevo hecha cárcel para los religiosos, dividida de la de los demás presos que estaban por cristianos, para que no les comunicasen, animasen ni consolasen, que ha sido nueva traza del demonio para que así desfallezcan. Era la cárcel a modo de jaula enrejada de palos gruesos de ocho varas en cuadro, a do están cifrados en uno todos los lugares necesarios de una vivienda, para que así sean siempre vistos y registrados de las guardias. El rigor en la comida (porque no había que añadir al rigor antiguo, sino es que les quisieren matar de hambre) fue el ordinario; la vianda era un poco de rábano salado y mal cocido, y el pan un poco arroz cocido en agua. De cuando en cuando añadían una sardina salada y podrida. En lo que hubo nuevo rigor fue en no darles lugar para que dijese misa (que este es el principal consuelo de un sacerdote, en particular en semejante aprieto), como la dieron a nuestros primeros mártires, el santo Fr. Juan de Santo Domingo y el P. Fr. Angel Orsucci y sus compañeros en cárcel más apretada.

También se usó con ellos de nuevo rigor, en que no pudiesen confesar, dar hábito, profesiones a los presos por Cristo, que esto fue lo que les tuvo gozosos y alegres en sus cárceles a nuestros últimos mártires, el P. Fr. Domingo de Erquicia, el P. Fr. Lucas del Espíritu Santo y el P. Fr. Jacobo de Santa María. Mas, ¿quién duda que los deseos de comunicar con el Señor y comunicarse en bien de los prójimos, recibiría el Señor como si en hecho de verdad lo hiciesen, y quizás con mayor mérito suyo, pues, viéndose privados, con mayores ansias lo desearían?

En el tiempo que estuvieron en la cárcel, que fueron cuatro meses y siete días, se ha averiguado de los portugueses que han venido a estas Islas y estuvieron en Japón (que ellos y las cartas de los santos mártires han sido los testigos de esta *Relación*), que

fueron llamados de jueces y llevados a la audiencia tres veces, siempre por medio de la ciudad, atadas las manos atrás, y con una soga a la garganta, de do les llevaban tirando. Iban burlando de ellos los gentiles, diciéndoles palabras afrentosas. La primera vez les llamaron para persuadirles, con buenas razones y con grandes ofrecimientos de dineros y comodidades, para que renegasen. No sabemos que les ofreciesen los diez mil taeles de oro en cada una, y la gracia del emperador, como lo ofrecieron al santo mártir Fr. Domingo de Erquicia; pero sin duda alguna que fueron grandes los ofrecimientos. Y todos los estimaron en muy poco; y, riéndose, les dijeron que les pesaba mucho les hubiesen tratado como a niños, y que quisiesen con la golosina de una manzana podrida quitarles un bien y un tesoro tan grande como servir al verdadero Dios y Señor, por el cual darían mil veces la vida antes que ofenderle venialmente. En esta ocasión fue cuando, estando los jueces examinando unos japones que habían sido interpretes de unos navíos de portugueses, para ver si eran gentiles o cristianos, y si con capa de intérpretes habían recibido cartas, dinero u otras cosas para religiosos; y, queriendo que confirmasen con las obras lo que entendían que negaban de palabra, y para esto arrojaron en el suelo con poco respeto una imagen de Nuestra Señora, a quien ellos sabían que respetan los cristianos, y mandáronles que la pisasen si eran, como decían, gentiles; y, como en realidad de verdad lo eran, fueron muy determinados a pisar la imagen que veneran los ángeles desde el cielo, y de quien tiemblan los demonios en el infierno. Entonces el P. Fr. Jordán, que quisiera levantarla del suelo, besarla y adorarla, y ponerla sobre su cabeza, no pudiendo por tener las manos atadas atrás, llevado de gran devoción que tuvo siempre a esta Señora, se echó de bruces sobre la imagen para que le pisasen a él los gentiles y no a la imagen. Lo mismo dijeron que había querido hacer el P. Fr. Tomás, y es muy creíble de su mucha devoción. Levantóse el P. Fr. Jordán, o, por mejor decir, le hicieron levantar a palos y empellones, y les dijo: "¿A quién mandáis pisar esta imagen? Mandádnoslo a nosotros que conocemos y sabemos la veneración que se debe tener a esta imagen, y veréis si la pisamos; pero estos hombres son ciegos como vosotros."

La segunda vez que fueron llevados delante de los jueces, no fueron por el camino de halagos y ofrecimientos; que bien cono-

cieron que eran los religiosos hombres de valor y que dádivas no quebrantan semejantes peñas, y así fueron por el camino de las amenazas, del rigor y de la sangre, que suele rendir y ablandar diamante. Lo primero, les amenazaron que les habían de freir en aceite y asarlos vivos en parrillas; y, porque no entendiesen que eran solo amenazas, mandaron aprestar parrillas; y en esto se fundó la nueva que corrió en Macao y llevaron los portugueses que salieron a 10 de noviembre de Japón, antes de darse las sentencias; y, viendo los jueces el valor de los ministros de Cristo, y que amenazas de palabra se las llevaba el viento, llegaron a las más pesadas obras que hasta entonces se habían ejecutado en Japón, siendo en estos tiempos la fragua de hierros y crueldades.

Hiciéronles beber por fuerza mucha cantidad de agua; y, cuando los santos religiosos no podían beber más, puesto un embudo grande en la boca, les iban echando agua con un balde, hasta que les hinchaban como unas pipas, y luego, echados en el suelo, les ponían una tabla encima a do se subían dos personas que con el peso les hacían echar el agua por boca, ojos y narices, y por los demás meatos del cuerpo, con el dolor que se deja entender. Sesenta baldes de agua le hicieron beber en veces al P. Fr. Jordán, y poco menos al P. Fr. Tomás; y toda ella, envuelta en sangre y otros humores, se la hicieron echar por la boca, ojos y narices, como he dicho, y, medio muertos, les llevaron a la cárcel con blanco de que mejorasen para darlos mayores tormentos, a fin de que dejasen la ley que habían predicado y enseñado.

La tercera vez, como más indignados los jueces, fueron más horribles y espantosos los tormentos. Metiéronles unas cañas tostadas y muy agudas entre las uñas y la carne de todos los dedos de las manos hasta que llegaban las cañas a la mitad de los dedos; crueldad ya usada de otros tiranos, mas nunca bien encarecida. El dolor y sentimiento de este género de tormento, el cual padecieron tan valorosamente estos gloriosos mártires, que les parecía a los jueces que no lo debían de sentir mucho; y así mandaron a los ministros que, cogiéndolos por sus brazos, les hicieran dar con fuerza con las puntas de las cañas, clavadas en los dedos, en la pared, para que así se metiesen más las cañas por los dedos y fuese mayor el dolor; mas da gran ánimo y valor al soldado saber que le mira el rey que le ha de premiar, y así sufrieron este tormento con mucho ánimo y extremada alegría.

Lo que sintieron mucho fue el último ensayo que hicieron de su crueldad los tiranos, metiéndoles a cada uno una caña mal labrada por las partes naturales, que, por haberse juntado al dolor de parte tan sensible el empacho y vergüenza que pasaron cuando los gentiles, sucios y deshonestos, ejecutaron este orden, doblado el tormento; que si no quiso el Señor que pudiesen, habiéndolo intentado, volver boca arriba el cuerpo del santo mártir Fr. Domingo de Erquicia, cuando estaba en el hoyo, solo por la honestidad; lo cual se notó y tuvo por milagro, bien se deja entender el sentimiento que tendrían estos santos mártires viendo violar su honestidad de unos gentiles deshonestos, y así fue este el mayor tormento, y el sufrimiento se tuvo por el mayor; con que los tiranos se resolvieron a no darles más tormentos hasta que con ejecución mandasen quitarles la vida, y así volvieron a la cárcel a los dos religiosos.

Y, porque había corrido la voz de los nuevos tormentos de las cañas, los cuales por nuevos y grandes causaban temor en los cristianos, por esto no quisieron los santos mártires que viesen en sus manos las señales de estos horribles tormentos. Y así dijo uno de los testigos examinados para esta *Relación* que, habiendo ido dos veces a la cárcel a hablar con los Padres, y habiendo confesado de secreto con ellos, no les pudo ver las manos; y, habiendo ido con este cuidado teníanlas debajo del escapulario (que luego que los prendieron se pusieron sus hábitos de religiosos). Pero en el modo se vio de ver claramente que las tenían muy hinchadas y lastimadas. Tal fue este género de tormento que, con constarles a los religiosos el valor con que padecen los japoneses el martirio de la cruz, el de fuego lento y de las aguas hirviendo y otros, les pareció que este de cañas les había de atemorizar mucho, y así procuraron encubrir las manos y mostrar nueva y mayor alegría.

El 11 de noviembre de 1634 sacaron de las cárceles sesenta y nueve personas, hombres y mujeres, unos para ser quemados y otros para ser degollados; y nuestros dos gloriosos mártires para ser metidos vivos en unas cuevas. Fue sábado este día dicho; y, aunque no se rezaba aquel día de Nuestra Señora, por ser día del glorioso San Martín, en fin es día que nuestra Sagrada Religión tiene consagrado a esta Señora, que en día suyo les había de venir tanto bien a los que padecieron trabajos por defender su retrato.

Salieron todos a caballo, atadas las manos atrás, con sogas a las gargantas. Llevaban la vanguardia los caballeros guzmanes y valerosos capitanes de Cristo, el santo Fr. Jordán de San Esteban y el santo Fr. Tomás de San Jacinto. Llevaban atadas a las manos, que llevaban puestas atrás, unas hastas grandes, y en ellas unas banderas a do estaba escrita en caracteres japones la sentencia de muerte que les habían dado y la causa, que era por haber predicado y enseñado la ley de Cristo en Japón, y, para que fuese entendido de todos, iban delante pregoneros publicando en voz alta lo que contenían las banderas. Fueron muy acompañados de soldados, de ministros de justicia y de los mismos jueces que se hallaron al martirio para dar ellos testimonio de que con efecto habían muerto. Con este confuso y espantable acompañamiento llegaron al Monte Santo, lugar de sacrificio, que dista menos de un cuarto de legua de la ciudad de Nagasaki, a do en medio de la estacada hallaron las armas que había señalado el contrario para la pelea, o guerra: palos, cuchillos, horcas y cuevas, cercados de estacas, y por de fuera gran multitud de gentiles que concurrieron a ver la pelea de los soldados de Cristo; y entre ellos, cristianos, hincados de rodillas, veneraban los santos mártires, que lo podían hacer con disimulo, porque su sentarse y nuestro hincar de rodillas se diferencian poco.

Cuando llegaron a vista del palenque fue cuando empezaron a saludar en voz alta sus cruces, y a toda prisa se apearon y los religiosos, hincados de rodillas, besaron la tierra, las cuevas, horcas de donde habían de ser martirizados, que había sido tierra regada con sangre de muchos mártires y de nuevo había de regarse con la suya. Tenían aprestadas dos cuevas o dos hoyos, de una vara de ancho cada uno y dos de hondo, y sobre los hoyos estaban dos horcas algo bajas; y, viendo los santos mártires que los ministros de justicia se disponían para dar principio al martirio y fin a sus trabajos, en voz alta se despidieron y protestaron de nuevo la fe por que morían, que era la que habían enseñado, sin la cual ninguno se podía salvar. Condenaban el inhumano rigor de los jueces, y animaban el divino valor de los que estaban para padecer; mas atajaron estas razones, echándoles en el suelo, a do les amarraron fuertemente de los pies, y de ellos los ahorcaron a cada uno en sus horcas, quedando las cabezas y la mitad de los cuerpos metidos en los hoyos, y luego les pusieron por la cintura una

tabla con muesca, a manera de cepo, pero del anchor bastante a tapar todo el hoyo, a do cargaban gran peso de piedras, y así les dejaron saliendo sangre por la boca, ojos y narices, que es uno de los más rigurosos martirios que ha inventado su mucha crueldad. En esta forma y con estos trabajos estuvieron el P. Fr. Jordán siete días, y poco menos el santo Fr. Tomás, ahorcados de los pies, metidos en las cuevas sin comer ni beber, sirviendo de confusión a los tiranos y dando ejemplo de valor y fortaleza a los cristianos japones, y con esto se dio fin a sus trabajos y empezaron los descansos eternos.

A quien el Señor honra con tan glorioso martirio y le escoje para sentarle a su mesa como a su mayor amigo y testigo de nuestra fe, tiene ganado crédito para que se diga de él lo que sin este abono o más prueba humana no se dijera: porque, aunque conocí y experimenté el religiosísimo modo de proceder del santo mártir Fr. Jordán, su mucha humildad y honestidad, la observancia de nuestras Constituciones, sus mortificaciones y cilicios, y cadena de los ramales de alambre con que se azotaba, con todo se callaron dos cosas que le sucedieron en la provincia de Cagayán: la una fue haberse llegado un día a un soldado con quien no había tratado jamás y haberle dicho que por qué no miraba por su alma, pues había tantos años que no hacía confesión bien hecha. La verdad, como lo dijo el mismo soldado, así era, y él lo contó a otro religioso como cosa que solo la pudo saber por orden del cielo. Otra vez, estando el P. Fr. Jordán diciendo misa, reparó un español en que había parado, y que con particular alegría estaba mirando a lo alto, y luego le llamó el P. Fr. Jordán y le dijo que le habían dicho que no podía proseguir con la misa por estar el vino mezclado con el agua del mar; y es constante que no lo había probado ni se lo habían dicho antes de llegar al altar. Y, probando el vino el español, halló que estaba mezclado con agua del mar, y lo tuvo por milagro y lo contó después que supo que había ido el P. Fr. Jordán a Japón.

CAPÍTULO 5. *De los gloriosos martirios de las ilustres sorores Marina y Magdalena.*

El ejercicio santo que de ordinario tienen los cristianos que sustentan la perseguida iglesia de Japón es tal y tantos los ensayos de virtud, ocupados perpetuamente en buenas obras; en fin,

como quien aguarda por momentos el martirio, que todos sus deseos son de ir a más en la virtud y verse más medrados, y así los más pretenden ser religiosos por verse en mejor estado y con más obligaciones y ocasiones de ser más visitados, consolados y administrados los sacramentos de los religiosos. Con esto los Padres escogen las personas de mas satisfacción y de más probada virtud. El P. Fr. Luis Exarch, de cuya vida y glorioso martirio se imprimió una *Relación* y envió a España esta Provincia, dio el hábito y la profesión de la Tercera Orden de Nuestro Padre Santo Domingo a una santa en vida, ejemplo de todos los cristianos de Vomura y el consuelo y amparo de los perseguidos ministros del Evangelio, llamada Marina, de quien escribe el santo mártir Fr. Jordán, en su carta, que tenía escrito un libro de su vida y a quien llama la más valerosa mujer de Japón, de cuya rara muerte e ilustre martirio escribiré aquí lo poco que he podido descubrir de su muerte, que, por ser tan rara, hay más noticia que de su santa vida.

Fue presa soror Marina por cristiana y por amparar y dar posada a los religiosos ministros del Evangelio, y luego de plano confesó en presencia de los jueces por su mayor dicha ser cristiana, y, por los méritos de Cristo y de su glorioso Padre, religiosa de su Tercera Orden. Quisieron, por la novedad del estado, averiguar y examinar las obligaciones que tenía por ser religiosa; y, habiendo dicho que, por serlo, estaba (fuera de las obligaciones de cristiana) obligada a obedecer a su prelado y guardar perpetua castidad; que el rendimiento de la propia voluntad y la limpieza del cuerpo, juntamente con la del alma, es la principal que estima el Dios que adoran y veneran los cristianos, tomaron ocasión de esto para inventar nuevo tormento en Japón, y, a su parecer, sin resistencia, más contrario a la honestidad de una mujer y a las obligaciones de religiosa, tan inhumano y vergonzoso como le es a una mujer verse del todo desnuda a la vista de las gentes. Pues este tan horrible tormento para las mujeres ejecutaron en nuestra santa y soror Marina, por no quedar de ella vencidos y burlados, como lo quedaron de otras ilustres mujeres.

Lleváronla por todos los pueblos del reino de Vomura, que son muchos, totalmente desnuda; y, cuando llegaban a los lugares, en lugar público, así desnuda, la ataban a un palo las manos atrás, y atadas para que no se pudiese cubrir con ellas. Y en todas

estas ocasiones tan firme y constante en la fe, con tanto animo y valor, que admiró sobre todas las cosas raras que se han visto en todo el tiempo de la persecución en Japón. Eran muy santas y discretas las razones que hacía para que ninguno pusiese en ella los ojos lascivamente, pues eran todos los que la miraban nacidos de mujeres como ella.

No era este solo, aunque fue el mayor de los trabajos que padeció esta gloriosa santa, fatigada del camino por ser tierna y delicada. El hambre y la sed, por no la dar de comer, la fatigaron mucho, y en una ocasión en que la sed la apretó más, pidió con grande encarecimiento la diesen un jarro de agua, y era tal su necesidad que ablandó los corazones de los ministros de justicia; mas, aunque quisieron socorrer la necesidad, no pudieron por no hallarse agua en todo aquel camino, que era despoblado; mas instó la santa que fuesen por ella a un lugar donde ella señalaba. Aunque estaban ciertos de que allí no había agua, con todo ordenó el Señor que fuesen y vieses con sus ojos como consuela el Señor a los que padecen sed por su nombre; con que acreditó el Señor la santa, socorrió su necesidad y puso particular respecto en los que la llevaban; que hasta entonces la habían tratado feamente y después la llevaban con todo el decoro que podían, si bien el orden que llevaban era fuerza ejecutar.

Después de haber visto y experimentado los ministros de justicia el valor con que había sufrido aquel tan afrentoso tormento, y que no por eso desistía ni dejaba la ley de Cristo que había profesado, y después de haber informado de ello a los jueces, por no quedar más veces vencidos de una tierna y flaca mujer, la sentenciaron a quemar viva con fuego lento; martirio muy grave pero más fácil de llevar, a su parecer; y así recibió la sentencia con mucha alegría; y, llegado el tiempo, fue en la forma que he referido de los compañeros de los santos mártires Fr. Jordán y Fr. Tomás con gran valor a la hoguera, a do, acrisolado el amor que había tenido a su Esposo, y enriquecida su alma con muchos méritos, pasó por el fuego de esta vida a gozar de la corona del martirio y abrazos de su Esposo. Sus cenizas, revueltas con las de la leña que quemaron el cuerpo, echaron en el mar, porque los cristianos no las guardasen por reliquias; pero su ropa y otras alhajas son veneradas en todo Japón, en particular de las mujeres,

que la tienen por abogada de la fortaleza, por lo cual le llaman en Japón la “fuerte mujer.”

Sor Magdalena es hija legítima de dos ilustres mártires, pues su padre y su madre padecieron gloriosamente en la persecución de Japón, y es hija de confesión y de hábito del santo mártir Fr. Jordán de San Esteban, como él escribe en su carta, sin decir el nombre del padre ni de la madre, ni el sobrenombre de Sor Magdalena. Solo añade que, habiendo quedado huérfana de padre y madre, y de veintidós años, para hacerse digna de que Dios nuestro Señor la recibiese por hija y esposa, hizo voto delante de una imagen del Rosario de guardar virginidad toda su vida.

En menos de dos años, dice el santo mártir que la confesó tres veces, y es mucho por estar tan apretadas las cosas de Japón con la gran persecución que sobrevino Nagasaki los últimos años (que era natural Sor Magdalena de un pueblecito cerca de esta ciudad), la cual se salió de poblado y anduvo retirada por los montes por no le negar, añade el santo, con sus libritos de devoción, que sabía leer y escribir los caracteres latinos.

Como vio que nos prendieron, y no quedaba ninguno de la Orden (y yo la había admitido a ella con esperanza de darla después la profesión), se fue derecha a la cárcel diciendo que era cristiana y religiosa, discípula del santo Fr. Jordán, y que, pues a él le habían preso, era razón que la prendiesen a ella para que muriese con su padre y prelado. Echáronla las guardas diciendo que era mujer moza y flaca, y no podía sufrir tan terribles tormentos como se habían de dar a los religiosos; y, aunque ella replicó y quisiera quedar presa, no la oyeron ni quisieron prender; y, como no la admitieron, se fue a la audiencia y propuso su caso ante los jueces, alegando el derecho que tenía a morir con quien la había admitido a su Orden; y con esto a la mañana la echaron en la cárcel.

Esto es lo que escribe de la vida y prisión de Sor Magdalena el santo mártir Fr. Jordán; y en pocas palabras dice mucho de su virtud y de la que medró en valor y fortaleza, desterrada, mal comida y humildemente vestida; expuesta siempre, siendo tan tierna y delicada, a los calores y fríos y demás inclemencias del cielo, a do cantando himnos y salmos, cobró valor la que antes temía, para presentarse al tirano y exponerse a cualesquiera tor-

mentos; que sabe el Señor por estos ocultos caminos diferir el tiempo de la corona para que se dispongan y ejerciten en buenas obras, como lo hizo esta tierna doncella, que no se presentó al martirio cuando le prendieron a sus padres naturales porque la quedase algún tiempo para vivir en soledad, ocupada en oración y otras buenas obras; y ya más medrada cuando la prenden a sus padres espirituales, juzgando que le hacían mayor falta, se presenta. No pudo el santo mártir Fr. Jordán escribirnos el martirio de esta gloriosa santa, aunque lo supo, por no le haber dado lugar para que escribiese en la cárcel, y así lo que se ha podido averiguar de buenos testigos es lo siguiente:

El primer tormento, que para esta santa lo fue, fueron las importunas persuasiones y los ofrecimientos de dinero y de marido de puesto, que la hicieron porque dejase la fe y ley de los cristianos; que fueron más importunos los jueces con ella que con otras personas, porque sentían el haberla de quitar la vida por ser tan hermosa y agradable. La santa sentía que la tuviesen por tan flaca que había de dejar esposo y tesoros del cielo por riquezas y esposo de la tierra; y así con desdén lo despreciaba todo, convidándose valerosamente a los tormentos y al martirio. Y, viendo los jueces que no podían por bien persuadirla, mandaron la pusiesen en una horca colgada de los brazos, de manera que, sin llegar con los pies a la tierra, estuviese pendiente todo el peso del cuerpo de los delicados brazos, y en esta forma estuvo mucho tiempo sin dar muestras de sentimiento, hasta que les dijo a los ministros que atasen bien los brazos, que se iba con el peso desatando; y ellos la dejaron caer. Parecióles que con el dolor habría ya mudado de intento, y así la volvieron a requerir si quería dejar la ley de los cristianos; y ella repondió, riendo, que la pesaba que la hubiesen tratado como niña, dándole tan suave tormento; que estuviesen ciertos que, aunque la diesen otros muy mayores, no dejaría la ley de los cristianos. Conque se indignó tanto el tirano que mandó que le metiesen cañas tostadas entre las uñas y carne de los dedos de las manos, y así lastimada hicieron que arañase la tierra.

Era tan grande el valor que comunicó el Señor a esta tierna doncella que ni aun muestras de dolor daba ni quitaba los ojos del cielo, de donde la venía el auxilio. Perdía del todo la paciencia el tirano y rabiaba de verse vencido y burlado de una sola mujer,

habiendo él prometido que había de rendir todos los cristianos, que con esta obligación le dio el emperador el gobierno; y así de nuevo mandó que, colgándola por los pies, la metiesen toda la cabeza en una tinaja de agua; y así lo hicieron, hasta que les parecía que se iba ahogando, que entonces la sacaban y la preguntaban si quería ser cristiana; y, estando firme y constante en morir mil veces antes que dejar la ley de Cristo, la volvían a meter en la tinaja de agua. Y esto lo hicieron mucha veces; y, no conociendo el tirano que era valor superior y más que humano el que le daba fuerzas para sufrir aquellos tomentos, no perdió las esperanzas de rendirla; y así mandó que la hiciesen beber mucha agua, y luego con el peso de unas piedras que la ponían encima, se la volvían a sacar violentamente por la boca, ojos y narices (como se dijo de lo santos mártires Fr. Jordán y Fr. Tomás); y esto lo hicieron muchas veces, hasta que el tirano se cansó y dio por vencido, quedando victoriosa y consolada la santa.

Estuvo en la cárcel Sor Magdalena desde los primeros de septiembre hasta los primeros de octubre del año del 1634, que fue cuando la sacaron de la cárcel para padecer por el Señor, acompañada de otros japones cristianos que habían de padecer por la misma causa.

Lleváronla a caballo por todas las calles de Nagasaki, con soga a la garganta y atadas las manos atrás, en la forma que he referido de los demás mártires; y, aunque había mucho que ver en el valor y ánimo que llevaban los soldados de Cristo, con todo Sor Magdalena se llevaba los ojos de todos, por voz que había corrido y por las razones que iba diciendo, que enterneciera con ellas las mismas piedras.

Llegaron al lugar del martirio, donde para nuestra santa estaba provenido el mayor de todos, que es el de las cuevas, a do la metieron. Estuvo colgada de los pies, metido el medio cuerpo en el hoyo, tapado con la tabla que les ponían a la cintura, a manera de cepo, con gran peso de piedras, el cual la hacía echar la sangre por la boca, por los oídos, por los ojos y por las narices; y, con ser tan grande el martirio, estuvo padeciendo valerosamente trece días y medio, sin comer ni beber; que, cuando no estuviera colgada de los pies, esto solo bastara para haber acabado con vida que naturalmente no se puede sustentar tanto tiempo sin comer.

Preguntaban los jueces si había muerto aquella mujer; y, diciéndoles que no, imaginaron que la debían de dar de comer; y, habiéndoles amenazado a los ministros que, pena de la vida, ninguna persona llegase a ella, entendiendo que era muerta, llegaron a la cueva y la hallaron viva, muy contenta y cantando himnos; y, preguntándola que cómo vivía, estando con tan grandes trabajos y sin comer, respondió: "No es canséis, que de este tormento no he de morir, porque el Señor, a quien adoro, me sustenta, y siento una mano que arrimada al rostro me está aliviando el cuerpo".

Y entonces de rabia y porque no se entendiese que lo que Dios hacía milagrosamente, hacían algunos cristianos japones, y así condenasen los jueces su descuido, la dieron un gran golpe en la cabeza. Y así la dejaron medio muerta; y habiendo llovido aquella noche, y llenándose el hoyo de agua, amaneció ahogada; con que se vio que el martirio de las cuevas no bastara a quitarla la vida. Con esto acabó con esta vida y fue a gozar de la eterna.

BRIEF RELATION OF THE TRIUMPHS AND
TROPHIES OF THE PERSECUTED CHURCH OF
JAPAN THROUGH THE HEROIC MARTYRDOMS
OF FOUR GLORIOUS MARTYRS, OF WHOM TWO
ARE OF THE ORDER OF OUR FATHER ST.
DOMINIC, AND THE OTHER TWO RELIGIOUS
WOMEN OF THE THIRD ORDER OF THE SAME
SAINT, ALL THE FOUR AFFILIATED TO THE
PROVINCE OF THE HOLY ROSARY OF THE
PHILIPPINES

CHAPTER 1

THE ARRIVAL OF VENERABLE FR. TOMAS DE SAN
JACINTO AND HIS ENTRY INTO THE GREAT KING-
DOM OF JAPAN

Japan had in time of peace and at the onset of the first persecution some glorious evangelists or teachers of the Gospel, who were laymen, due to lack of priestly ministers, and among such laymen stood out one TOMAS FIOJI, a native of the noble and populous city of Firando in the Japanese Empire. He was the son of Gaspar Naiki and Ursula Toy. He had come to the Philippine Islands, not as a fugitive from the already commencing persecution in Japan, but as an enrolled student of Arts and of Theology, and as aspirant to the donning of the religious habit, so that later after having advanced both in learning and virtue he should go back home and perform well the task which he had previously done with much difficulty when all he knew was Grammar and whatever little he learned by tutoring himself through reading some books on the lives of Saints and on the devout life.

Having associated familiarly with the Dominican Friars in Japan, he felt an ardent desire to follow their profession and religious mode of life, and thus upon arriving at this city of Manila, he set to carry out his wish, and asked for the habit of the Friars of Our Father St. Dominic in the very religious Dominican Priory of Manila.

Inasmuch as there were those who favored (while others disapproved of) the admission of Japanese to the habit and to ordination, it was seen fit to submit him to a longer trial and carefully examine his natural endowments and scrutinize his intentions; and thus rather than send him away, which would entail the loss of such a person who showed many a good qualification, as he was clearly a person well-endowed and of great promise, the Superiors admitted him to the College and University belonging to this Province. There he studied Arts and graduated so honorably in them over and above his classmates as the valedictorian in the Department of Philosophy, and indeed in Philosophy he was considered as sufficiently proficient and capable to be a Lector and to lecture on the teachings which he had mastered and was committed to defend. He was also an elegant Latinist, well versed in the rules of the book, and possessed a sharp and clear mind, and thus he progressed rapidly in his post-graduate course, studying and assimilating not merely what his professors lectured to him, but also what he read from sundry authors.

Tomas Fioji's conduct was so methodical and edifying that so many instances of his good behavior during more than two years that he spent to finish the course in the College of Santo Tomas inclined his Professors and the other Friars to approve his request and behest of donning the habit of our Father St. Dominic, so that there was no fear and doubt to admit him as a Friar destined to the choir (and not merely as a lay brother), as he was in fact admitted with the general applause and satisfaction of all, being a co-novice of the glorious martyr-to-be Fr. Jacobo de Santa Maria (about the martyrdom of which and of some other Friars of this same Province a Relation was sent to Spain in 1634, authored by Most Rev. Diego Aduarte, then Bishop of Nueva Segovia, of our Order and Province).

Most Japanese are notorious for their severe and even war-like disposition, which springs from their natural pride, self-esteem and their scorn for other peoples. But what was impressive in Fr. Thomas de San Jacinto (the name he assumed upon donning the habit) was his great meekness, deep humility to such a degree that during his novitiate and subsequent years of religious profession he was not heard by his brethren uttering any insolent word — a feat that in a Japanese was proof enough of uncommon virtue, for having conquered the strong natural bent. He was never seen in any reprehensible act. Unlike most Japanese, he was neither slow nor shy in performing the practices of our Order and the occupations of a novice. Rather, with a cheerful mien, and lips ever ready to break into a friendly grin, he was the first to put the marks in the liturgical books at choir, and to volunteer as reader or server in the dining room. Unlike most Friars of his nationality, he soon learned and adopted our ways, having mastered our Spanish language better than most any other Japanese, and thus he was regular in joining our community gatherings.

Assiduous at prayer, in which at the start of his religious life he savored so much sweetness that he usually prolonged it beyond the two hours prescribed in this Province, once he was through with the liturgical acts, he was wont to finger the rosary whenever his duties allowed him, and thus was constant in prayer. Having profitably passed his year of probation and novitiate in these holy exercises, in fastings and disciplines, he made his profession on August 16, 1629, being 39 years of age. Thence he pursued his previously started studies of Theology, in which he became shortly proficient due to his native talent and his diligence. But he never neglected the exercise of prayer even amidst intense scholastic occupations.

When the Divine Majesty saw fit to cast His eyes of mercy towards the blind heathenism of the populous empire of China and to wish to start its conversion in their own land the Lord inclined the hearts of those who governed the Philippines to take possession of Formosa, an island that has many ports and fitfully could serve as a springboard to that vast country, being very close to it. Fr. Bartolomé Martínez, from the San Esteban Priory of Salamanca, who was at the time the Provincial of this Province (a Relation of his fervent, holy and mortified life, enhanced with

miracles, was sent to Spain in 1633) decided to accomplish this honorable new project by himself, without minding the travails and hazards concomitant to such an enterprise, in his great love towards China, and his desire to make his coming to this distant portion of the globe more rewarding. He brought with himself some Friars, among whom was Fr. Tomás de San Jacinto, now a priest with faculties to hear confessions and to preach, who was forewarned that the boats plying the seas in direction to the new apostolic frontiers should necessarily touch a port in Cagayan for repairs and for procurement of native crew and of provisions. Naturally he shrank from such a danger, so unwholesome was the climate of Cagayan, particularly for the health and life of Japanese, most of whom soon get sick and even die there, as it happened, among others, to the Japanese priest Fr. Luis de Santo Tomás, a scholarly and proficient Latinist, affiliated to the Santo Domingo Priory of Manila. But the two aforementioned Japanese Friars, disregarding the hazard to dear life, as soon as they were advised to embark for Cagayan, without complaint or excuse or any sign of reluctance started, deprived of the opportunity to serve the afflicted Church in their own country in dire need of ministers and so cruelly persecuted, though, of course, this was their main love and desire. Thus obedient to be even oblivious of any personal preference, they heroically embraced the hazards of death.

The Lord disposed to keep Fr. Tomás for the honor of this Province and eventually to preach the faith in Japan, while on the other hand He saw fit that Fr. Luis de Santo Tomás upon arrival in Cagayan should minister to the sick, being a martyr in desire, and thereby contract a serious disease of which he died. But the Provincial, Fr. Bartolomé Martínez, did not bring with him Fr. Tomás de San Jacinto to work among the natives of Cagayan, neither among the inhabitants of the Empire of China, but for the propagation or preservation of the faith in his native Japan. The said Provincial had brought with him in fact several priests with different assignments — two for Japan, two for China and four for Formosa. During one year, however, all of them tarried to work hard in Formosa in the conversion of the islanders to our faith, and thence the Provincial brought Fr. Tomás to Shama, an island under Japanese jurisdiction, where he left him alone (his priest-countryman had earlier died, as just

recounted), with vestments and ornaments for the divine service, and enough money. He was enjoined at the first chance to repair to the Japanese mainland and present himself before his Prelate and Provincial Vicar, Fr. Domingo de Erquicia (about whom a long *Relation* was written in 1634 from the testimonies of his immediate acquaintances who even now speak so highly of his glorious life and heroic martyrdom).

CHAPTER 2

THE ARRIVAL OF VENERABLE FR. JORDAN DE SAN ESTEBAN AND HIS ENTRY INTO JAPAN

This much we know about the birth of Venerable Fr. Jordan de San Esteban: that he was a native of Sicily, and that due to his intense desire to go to Japan and to lay his life for Christ he left his native land for Spain, where he could have more chances to go to where his love was beckoning. And while waiting for that occasion, he continued and completed his studies in the Priory of our Order in the city of Trujillo. He was a bright student and always behaved like a perfect Friar. He was noted, even by lay men, to be naturally modest, circumspect and piously self-restrained in talking with, and looking at, persons of the opposite sex. Unaffected, affable and winsome, he was loved and esteemed by all in that city of Trujillo, and many a devout person of deep piety regarded him a master of virtue even when he was a mere stripling student.

At this juncture the said Priory at the city of Trujillo received a guest in the person of Fr. Juan de San Pablo, who as an eye-witness spoke highly of the observance and religiosity of this our Province, and of the apostolates of its Friars, and of their abundant harvest in the vineyard of the Lord, with much glory for His holy religion. Every word uttered by the good Friar was a spark that enkindled the heart of Venerable Fr. Jordan, who, devout, pious and zealous for the good of souls that he was,

listened attentively and considered and reflected in his heart whatever he heard. Later when he was already here, he would say, those words said by the good Friar seemed to him as a letter by which the Lord told him what He wanted him to do for His service. And when Fr. Juan de San Pablo related the arduous persecution in Japan, the conversion of many Japanese, and the courage with which many martyrs bore the torments, even unto shedding their blood which thus spiritually fertilized that land, which, nevertheless produced much less fruit than was expected from so abundantly great a sacrifice, due to the dearth of evangelical laborers, then the heart of Fr. Jordan caught the divine fire and he resolved to leave everything for the sake of Christ, and to come to the Far East and eventually reach as far as the powerful Empire of Japan, where he would teach and preach our faith and give his life on its behalf.

His Catholic Majesty, our King and Lord Philip IV (long may he live!), in his so Christian desire to see the progress of this new branch of the Church, gave permission and funds from his Royal Exchequer in 1625 so that 20 Friars of our holy Order could pass to the new worlds for the service and welfare of souls. Such a decision so consonant with his desire and even prayer reached Fr. Jordan as fallen from heaven, and he received it with deep compunction and with tears of joy. In a matter of so much import as his desire to be one of the Friars for the purpose, he took advice from several persons of virtue and learning, all unanimously assuring him that his desire was a calling from heaven and an impulse by which God was guiding him, and that God's service would be served best if he would join the Friars of the proposed expedition. However, on the one hand, he wanted to labor and suffer for Christ and thus hankered to join the group; but on the other hand, he considered himself in his deep humility to be unworthy to be counted among the candidates for such a lofty and apostolic adventure. But he eased his mind by volunteering as a mere assistant or factotum of those Friars who would be chosen for this apostolic undertaking.

With this set of mind he asked his Prelate and the Vicar of the would-be-passengers of the expedition for admission and assignment. And then he bade farewell to both the co-Friars and lay friends as well, with mutual sorrow to the verge of tears, and

repaired to Sevilla on foot, begging his upkeep all along. There he found and joined the group, already getting ready and waiting for the moment of departure.

During the whole voyage he occupied himself in acts of charity among his co-passengers, like teaching catechism to the young, preaching to and counselling the grown-ups, and always showing charity to the poor and sick. He struck a close friendship with the Venerable Lector, Fr. Jacinto de Esquivel, affiliated to the Priory of Santo Domingo of the city of Vitoria (about whose most holy life and happy death, with the palm of martyrdom a Relation was printed in 1634, and still more remains to be published about his great poverty, humility in deeds and many acts of penance, with which he prepared himself to receive the palm and aureole of a well-known teacher and martyr, and probably of virgin, as we presume who have observed closely his chaste and edifying life).

Among the many lessons Fr. Jordan learned from his friendship and conversation with the holy Fr. Jacinto is his singular retirement and distance from the worldly, except in cases of need or charity. Upon arrival at Mexico he started to lead a secluded life, looking for God where He is easily found, that is, in solitude, and thus ordinarily avoided worldly company, and for such a program of life, difficult indeed at the outset, he even made it a point to shun the company of his erstwhile voyage companions, and thus was undisturbed and ever ready for his holy exercises.

Exceedingly averse to idleness, he accomplished much during his short stay in Mexico, and even wrote a summary of the lives of the Saints of our Order in good Latin, and this manuscript was kept by a pious Friar who was a voyage companion, and who now venerates it as a relic of such a great saint.

When the time came for them to proceed on their voyage, a Friar who had entertained thoughts and wishes to return to Spain (for the devil, fearing and sorrowing over the great fruit that would ensue from their apostolate in the missions instills such a pusillanimity even among the very pious), asked Fr. Jordan whether he too entertained any thought to go back to his own Province. He answered: "I am not like the Jordan River that turns back; for, should it cost my life, I should continue what I

have begun." That he did, and covered on foot the wearisome trail to Acapulco, which is the worse road on record.

There he boarded a boat for these Islands, arriving at Manila in July of 1626, and during this voyage he gave himself as during the previous trip to holy and merciful works. Without doubt he was ever advancing in virtue and virtuous deeds.

Among the many pious and highly meritorious acts of obedience performed by the Friars who join this our Province, one — and in my opinion the best — is to make an act of new self-denial and place oneself at the disposal of obedience so that one may be assigned among the many ministries in this Province to what the Superior would see fit, even without taking into consideration the inclination or preference of the Friar concerned. This is so, because the Friar already had chosen to make the great sacrifice of leaving his country and what he could have done thereat. Indeed it is also a big hazard to expose oneself to the dangers and discomforts of the sea. Yet the distribution of assignments is governed mainly by the more or less urgent needs among the different apostolates, the difficulties regarding the dialects, and the bad climates of the regions; and, moreover, any assignment is often indefinitely permanent unless and until the Superior should later on dispose otherwise. And thus meseems, over and above the original decision to come hereabouts, it is a highly meritorious gesture to have perfect resignation and indifference as to accept and embrace whatever one may be commanded or assigned to do. But the Friar should have known and considered such a custom, when still contemplating whether to come or not hereabouts.

On Fr. Jordan, together with the would-be-martyr also Fr. Jacinto Esquivel, befell the apostolate most desired and esteemed in this Province, to wit, that among the Chinese. This was a good turn of luck and a source of deep consolation, which does not easily come by, because in giving assignments the Superior unwittingly separates often those who are close friends. The study of the Chinese language is committed to persons of uncommon talent, because it is most difficult, but Fr. Jordan soon became proficient in it, learning to read and write its characters, which are so perplexing and complicated to learn and interpret

that only a few have been able to master them. Moreover, he was the only one ever who learned the musical lore of this people. This is a proof of his unusual talent — indeed he had the knack of assimilating foreign languages, for he was conversant with Latin, Greek, Chinese, and even the tongue of the natives of Cagayan which he learned sufficiently during his short stint there as a preacher and confessor. Later on he acquired more than a smattering of Japanese.

He was assigned as a chaplain of a hospital which this Province has established exclusively for the Chinese, and indeed such an institution is the best school for the practice of charity and of acts of mercy both spiritual and corporal for our disease-stricken neighbor. Needless to say, many among the Chinese availed themselves of the services of this hospital, and with the grace of the Lord, when such died, they invariably were cleansed with the waters of baptism. Many of those who recovered were similarly purified in their souls. This hospital was Fr. Jordán's quarters and field of action for reaping as much fruit as he could by ministering to the souls, and in stride the bodies of the sick. Therein Fr. Jordan displayed the 24-karat patience in bearing with the rude and temperamental Chinese. Also he showed inexhaustible charity, by entertaining and coddling the sick, even feeding them often with his hands. His extreme humility was also proven in tending and cleansing the sick. And despite such time-consuming chores, aside from attending regularly and punctually to his acts of prayer and piety at choir, he managed to write a book on the Chinese idols and sects and their origins — a work left unfinished but which should be concluded for its immense importance for Friars in charge of this race.

* * *

Fr. Miguel R. Ruiz, originally from the Royal Priory de la Santa Cruz in Segovia, and incumbent Provincial of this Province, admired the assiduous zeal of Fr. Jordan, his solicitude in matters of apostolate, his diligent concern for the interests of his own soul, his extreme poverty — his shoes and habit were often old and torn —, and his observance and abstinence; and extolled him as a perfect minister of the Gospel, and a model-

apostle in an assignment of such a great difficulty and importance. This is a highly favorable commendation of the pious life that Fr. Jordan led at this hospital, as it comes from a person whose exact observance of our Constitutions and the customs of this Province renders him worthy to be venerated as a giant, and, moreover, as this same Provincial stated in the Chapters what are the manifold qualifications he wanted in a perfect minister of God, and said that he found all of them in Fr. Jordan.

I was amazed by the care and diligence with which he studied and learned the Chinese tongue, as his main aim and first love were directed toward Japan. Indeed his determination deserves admiration even if he had in mind to work solely among the Chinese during his whole lifetime. But he managed to harmonize two things which seem hard to reconcile, for, while he yielded his personal propensity to the wish of the Superior in all sincerity as if it were all his desire and even personal fondness, nevertheless, he kept aflame his pious interest and firm hope of someday reaching, and dying in, Japan, an expectation he never gave up even when the vow of obedience sent him to the province of Cagayan to learn the tongue of that region. This assignment would seem a crooked way and even a hindrance to his resolve of going to Japan, but he was sure his desire would best be served by obedience and the learning of different languages, as such are highly profitable to the conversion of souls, and such a conduct should certainly bend the Lord to reward and crown his many virtuous deeds with a martyr's death in Japan.

Of the many hindrances to his being assigned to Japan some sprung from the high esteem in which he was held and the much good he was doing in these Islands; and others from his own doubts or scruples which assailed him whenever he wanted to ask the Superior for lofty a benevolence, and thus he would try to forget it all; but then his desire would recur and refreshen in him the motives why a Friar could offer himself for martyrdom. At long last he asked insistently for the permission required from the Superior. He was told to return to the Chinese hospital where he had worked — the Superior wanted to test whether with such a meritorious task his desire would be quenched, but it all made his resolve to surge more vehement and uncontrollable. Thus he braced up to ask again for the allowance of his Prelate, who

finally blessed his holy aspiration, and soon contracted some Chinese merchants bound for Japan to bring him for the fare of 150 Japanese *reales* (yens). He boarded their ship dressed like another Chinaman in July, 1632, and arrived at his destination safely and happily. Though his dress and his knowledge of Chinese could very well disguise him, nevertheless Fr. Domingo de Erquicia (later martyred for the Faith) arranged that he should enter Nagasaki at dark. At this occasion and place the following incident happened, as the same Fr. Domingo informed us:

Fr. Jordan was to enter through one of the gates of the streets of the city. For some strange and unknown reason he blunderingly mistook the sentinel at that gate to be the owner of the house where he would lodge and hide, and so embraced him affectionately after a very warm greeting. The bewildered sentinel almost arrested him, but on second thought chose to be a good sport and let him pass on. The good Lord was keeping him for the meantime so that he should show a shining example and consummation which will be related in the following Chapter.

CHAPTER 3

THE EXTRAORDINARY SUFFERINGS OF THE VENERABLE FRIARS TOMAS DE SAN JACINTO AND JORDAN DE SAN ESTEBAN IN THE EMPIRE OF JAPAN

I am writing this Relation so hurriedly to catch up with the mail about to be dispatched to Spain this 1636 — the Province conscientiously sends similar reports every year. The good Lord has provided a very fitting subject for the *Relation* this year in the lives and sufferings of these glorious martyrs. Due to this hurry, I say, I have to be brief, more than what the episodes deserve, and more so because I could not find out or verify some other concomitant happenings, which though not a necessary part

of this *Relation*, would nevertheless enhance it and edify the benevolent reader.

Fr. Tomás de San Jacinto himself alludes to the duration of his assignment in that vineyard of the Lord together with some news in a letter he wrote to a reputable Friar of this Province. We read from that letter, written in the island of Tama and dated May 29, 1629, as follows: "The one from Cherryblossoms (this should be the code name of a Friar already in Japan, the Land of Cherryblossoms) came to meet me in person, and he brought me here to be his interpreter, and from here he is sending me to Japan proper by way of the Lequios (Ryukyus), which are under Japanese jurisdiction. From there it would be hard to proceed further, and I am not worthy of such lofty an assignment; but in the spirit of obedience I shall go thereon cheerfully, but please recommend me to God so that what He wants from me may come to pass everyday. Presently I need urgently and very much your holy sacrifices and prayers. I shall tarry here until the beginning of June; then I shall pass to the Big Ryukyu, and thence, if possible, to the mainland of Japan. I shall pass, but there might be some difficulty because I have come here aboard a Spanish boat. In Ryukyu I shall stay half, or at most, a year. Afterwards, if there be a good chance, I shall proceed on. Personally it is very sad to live for long among infidels, without confession, without saying mass. I do not know whether there would be a place even for praying. On the other hand, I accept it all with spiritual joy, because my stay here is for the service of God. In this life we may not see each other again, but with the favor of God we shall meet in heaven...."

This letter (in Spanish) is an evident proof of how well he has learned our tongue and it bespeaks of the travails he would pass through in those islands and in his voyages by land and sea. The only affliction he mentions is that of not being able to confess and the like, which surely are the most painful for Friars of his stripe, and yet tolerable if undertaken in the spirit of obedience, as this holy man says. That letter furnishes data to reckon how long he stayed in Japan, because he died martyr in 1634, as is well known, and he had entered Japan in 1630. Readily can we surmise how much he worked in so needful a vineyard of the Lord, as he knew the language elegantly, and he was very

zealous and learned, and at a time when the spiritual need of Japan was so immense and the raging persecution in high pitch. Indeed there are many happenings which, had we the information, could aptly be included in this *Relation*.

Everywhere the ministers of the Gospel diligently look for chances to confess publicly their faith, and they encourage others to do as well; but still there are apostates, which are relatively very few in Japan, even among the laity. So even somewhat remiss priests would not be left in peace by the many faithful who insistently seek the Bread of the strong. So the Friars hear confessions at night, and at daybreak they say mass and distribute Communion. During daytime they hid in the mountains to spare their lives so that, few as they are, they may be of service to more people in more places of Japan; and even then the faithful can make their confessions not oftener than once every four to six or more years.

What Fr. Jordan de San Esteban did and suffered in the slightly over a year that he stayed in the mainland of Japan (where he arrived in 1632 and died in 1634) shall be lifted from a chapter of a long letter he wrote with a paintbrush for want of pen, and I quote: "I made two outings through the nearby regions of Nagasaki. In the first I went to where no Friar had been during the last eight years. I heard the confessions of many, and I converted some who had backslidden or apostatized of our faith. In my second journey I scoured all the places of Vomura with a good guide, and I catechized and baptized one infidel. I confessed persons of twenty years away from the Sacraments..." He does not underscore his own works and discomforts. He was not bothered by the bad food and little sleep, and the need of hiding in the mountains and the plentiful work in the towns, and he had endured much of them — like his companion-martyr —, as we are informed by persons who have just arrived here from Japan.

Fr. Jordan mentions in the said letter only an unbearable sickness that he contracted probably due to his two outings, and he says: "The Lord disposed in His just judgment that I fall ill of a dangerous sickness of which I thought I would die. Thus I was forced to return to Nagasaki, from where I had escaped...."

During the whole duration of the persecution in Japan we do not know of any one among the Friars who died due to illness, as if the Lord wanted them all to die in testimony of their faith. Thus though Fr. Jordan was seriously and dangerously ill, the Lord did not let him die, but — and let us quote from the same letter again —: “I recovered in four or five days, because the most holy Virgin cured me, for I had asked Her so fervently to spare me so that I may be killed for Christ....” It would not be amiss, while relating the deeds, trials and sufferings of Fr. Jordan in Japan, to quote the following statement from another Chapter of his letter: “A treatise entitled *De Divinis Judiciis* was snatched from me.” He was ever firmly convinced that he had been brought to Japan by the Providence or Judgment of God — hence the title of his work. He had also written in quite elegant Latin a *Relation* on their earlier holy martyrs (the good Lord wanted the prospective martyr to serve and work for martyrs), and left said work with the man-servant of the Rosary House. We usually call the writings of a person his works, and in the present case such works are nearly miraculous, because busy as he was during the short time he was in Japan, it was well-nigh miraculous he could write such works.

When Fr. Jordan left Vomura and its environs due to illness, and returned to Nagasaki in search of health, he was gratified (as he reported in his letter) to find Fr. Tomás, who was a source of great joy and comfort for him in his sickness. When Fr. Tomás left to substitute for him in the places he had left, he told Fr. Jordan: “Brother, do not leave this place until after the feast of our Father.” The feast of our Father was then close by.

These are instances of the manner and trust with which they treated each other, examples of mutual love and real brotherhood. Indeed due to such an intimate affection among us a Friar may address as Brother even his Superior, as Fr. Jordan was of Fr. Tomás, after the demise of Fr. Domingo de Erquicia, who had been the Superior of them both, as Fr. Tomás had acknowledged, to whom he had come from distant parts of Japan to pay his respects, as Fr. Jordan relates with praise in his letter. This real fraternity which they struck in Japan, tying their hearts in the bonds of understanding and unanimity, has led me to write jointly

in this Chapter of their feats in Japan. In the following Chapter I shall speak of their glorious martyrdom, because they suffered together, who loved each other during life, and were not separated even in death and thereafter.

CHAPTER 4

THE GLORIOUS MARTYRDOM OF THE VENERABLE FRIARS JORDAN DE SAN ESTEBAN AND TOMAS DE SAN JACINTO

The works of God being perfect, the recovery of Fr. Jordan was a well-nigh miraculous work of God, as he became entirely healthy and strong in five days, and gathered new desire and courage to resume his labors in the vineyard of the Lord. He had planned to prepare his domestics and their acquaintances and the confrères of the Holy Rosary for confession and holy Communion on the day of our glorious Father St. Dominic, and thus celebrate becomingly his feast. But he was hindered during the extensive search undertaken in Nagasaki during those days for Fr. Miguel, a Japanese Augustinian Friar. The two Friars were forced to leave the city hurriedly, less to escape from imprisonment than to avoid being found in the house of their host, whom they did not want to compromise, though such was also ready and desirous to suffer for Christ. There were others of that household who did not have such fortitude and courage. Obviously they were not so earnest in hiding from the tribulation, as they betook themselves merely to a hut in the area of Misuiura, very close to the city, where, being a deserted place, they thought they would last some time before being eventually caught. Yet as their time was up, they were found out and imprisoned on August 4, 1634, the feast day of our glorious Patriarch St. Dominic, which fell on a Sunday, and was for them a special holiday, for on it they would attain a fulfillment commensurate to such worthy sons of so glorious a Patriarch.

Thence they were brought to the city of Nagasaki, and were paraded in the principal streets, their hands tied behind, and their necks bound with a rope pulled by an executioner. Many headsmen and soldiers followed them, and everybody was happy for having found their heart's desire: the Friars for their eternal reward, while the Japanese who caught and led them for the money offered and given to delators and finders of ministers of the Gospel. Only the Christians of Nagasaki wept for their bereavement and for the irreparable loss of their priests. And amidst the clamor, din and uproar during similar occasions (which are so horrifying to hear and relate) they were stood before the ruthless judges of that city.

Proud men — as those judges — are keenly annoyed whenever someone does not render them signs of submissiveness, and Fr. Jordan did not greet and kneel before the judges upon arrival, but rather stood erect with his eyes unflinchingly fixed on them. It is the custom among Japanese to kneel before them with the head touching the floor. Fr. Jordan behaved intentionally as he did (as he says in this letter) to show them with deeds what he would tell them later in words, that is, that men who have very little if any reverence to God and do not fulfill His commandments do not deserve even the courtesy and respect prescribed by human laws and customs.

The judges became still more exasperated by the manner their questions were answered by Fr. Tomás, who, in imitation of the glorious martyr St. Cyprian, said a flat "yes" when they asked him whether he was a Friar or a Christian, and a bare "no" when asked whether he was disposed to deny his faith. Fr. Jordan says in his letter that in this first hearing there was a long interrogation. He admitted being a Friar of the Order of St. Dominic, and said that the Lord had brought him to Japan in order to make heathens realize their errors; that he had never had a permanent home in this world, being in search and in expectation of his heavenly home. Thus he spoke so wisely and discreetly, he neither revealed whence he hailed, and who brought him to Japan to be a preacher of the true faith, nor disclosed whom he lodged and boarded with.

But he displayed greater wisdom when the judge accused him as one of the spies of the King of Spain for the purpose of conquering their empire to which he replied thus: "They have deceived and tricked you, and I shall prove it clearly, because I have come for the purpose of converting to Christianity your country and other countries too, and this is what my King wants, and our motive is the love we harbor for you, because the Christian faith is founded on love. Thus it is evident that we do not want to conquer and subjugate your nation, because this would be egoistic on our part and would be an instance of hatred rather than of good will." May the Lord be blessed, for then He inspired (as He had promised) answers so circumspect as to confound the pride of tyrants.

Then they were taken to jail in the same city of Nagasaki, four blocks from the court building. There a new room was added, separate from that of the lay Christian prisoners, for the Friars alone, to keep them incommunicado so they could not fortify or console their companions in trial — a new trick of the devil that ordinary Christians should flag in their faith. The jail was a cage of big square logs measuring eight yards long, and it had a kitchen, toilet and the like inside, so that the prisoners should not need to go out for any purpose, and thus be always under sight and surveillance of the sentinels. The food was worse than before (as if they were sentenced to die of hunger), consisting of a piece of half-cooked salted radish as viand, and for bread a little boiled rice. Once in a while they got a salted, stinking sardine. Their worst privation was being forbidden to offer the sacrifice of the Mass, which is the principal comfort of a priest, especially in such a distress — our first martyrs, the holy Frs. Juan de Santo Domingo, Angel Orsucci and their companions were fortunate to have been allowed such a signal favor to say Mass, though their jail was narrower. Moreover, they were prevented from hearing confessions of Christian prisoners. Neither could they give them the profession and the donning of the habit of our Third Order, unlike our recent martyrs Frs. Domingo de Erquicia, Lucas del Espíritu Santo and Jacobo de Santa María, who were not so strictly dealt with, and derived much joy from ministering to the spiritual needs of their jailmates. Yet there is no gainsaying that desires of our present martyrs to communicate

with the Lord and to do all good to their neighbors would be rewarded by the Lord as if they were actually performed, and perhaps with greater merit for them, because of the quite intense desires despite their impossibility to do so.

Some Portuguese who were then in Japan and have come to these Islands (in addition to the letters from the holy martyrs themselves such are the main sources of this Relation) declared that during the time the martyrs stayed in prison, which was four months and seven days, they were called and brought to court three times, being paraded thereto through the midst of the city, with their hands tied behind and with a rope around their necks for dragging them, while the pagans mocked and abused them.

During their first appearance at court they were urged to renounce their faith with seemingly strong reasons and with promises of monetary reward and advantageous situations. We have no information as to whether they were also offered, like the holy martyr Fr. Domingo de Erquicia, 10,000 taels of gold, together with the favor of the Emperor; but most likely big amounts were promised, should they have apostatized. The martyrs spurned such offers, and laughingly asked why they were regarded as small children who could be coaxed with the sop of a rotten apple, so to say, in order to deprive them of such a precious treasure as the service of the true God and Lord, for whom they were ready to lay down their lives a thousand times rather than offend Him with even a single venial sin.

At this same time the judges were also investigating some native Japanese who had acted as interpreters in Portuguese ships to find out whether they were pagans or rather Christians who pretended to be interpreters but really wanted to receive or already received letters, money and other valuables for the Friars. They denied being Christians, and the judges threw an image of our Lady into the floor, and ordered such Japanese to trample it under foot. As truly there were pagans, they showed readiness and pleasure to step on that holy picture which the angels of heaven honor in awe, and before which the demons in hell are in fright. Fr. Jordan, who wanted to retrieve the image from the floor to kiss and venerate it and place it over his head, but was hindered as his hands were tied at his back, carried away by his fervent

devotion to this Lady, fell squat upon it to cover it with his body, offering himself to be stepped on by the gentiles and thus spare the image from such a sacrilegious affront. Fr. Tomás, it is said, intended to do as much, and it is most credible, so devoted was he to the Virgin, like his confrère.

Fr. Jordan stood up, or rather was whipped and shoved in order to rise up, and asked: "Whom do you order to trample on this image? Order us who know and profess veneration to this image, and you will see whether we would tread on it; but these men are as ignorant as yourselves."

When brought for the second time before the judges, they were not cajoled with blandishments or promises, as they had already shown themselves so incorruptible and impervious to gifts; and thus they were threatened with bloody and racking punishments that should soften even hard diamond. First, they were warned that they would be fried in oil, roasted and barbecued. And to show that they spoke in earnest, they made ready the gridirons. This is the basis of a false rumor that spread in Macao brought by some Portuguese who left on November 10, that they were actually roasted, but by then the sentence was not finally given. The judges, witnessing the courage of the ministers of Christ and the futility of their threats, determined to inflict on them the most terrible ordeal so far known in Japan, which pretended to be the author of new and most cruel methods of torture.

The Friars were forced to swallow overflowing amounts of water; and when no more could pass through a big funnel forced into their mouths, even then more and more water was violently poured into it from a bucket until the bodies of the Friars were inflated like rubber balloons. Then a wooden board was laid over their bodies stretched on the floor, and two men cavorted on the board to force the water out through the mouth, eyes, nostrils and other bodily orifices, with an intense pain as can be imagined. Sixty bucketfuls of water in all were forced into Fr. Jordan, and a bit less into Fr. Tomás. All that water, as already said, was forced out mixed with blood and other bodily humors through the mouth, eyes and nostrils. Afterwards, nearly at the verge of death they were brought back to jail to regain some strength and be ready for harder torments to make them renounce the faith they had preached and propagated.

The savageness of the judges was in the highest pitch when the Friars were tortured for the third time. Sharp singed bamboo splinters were inserted under the nails until the middle of all the fingers — a torture already used before, but presently it was refined to cause the most intense pain. Excruciating indeed is this kind of torture, but the glorious martyrs suffered it with so admirable a courage that the judges deemed they did not feel much the ache. And so they ordered their henchmen to grasp the arms of the Friars and make them press the ends of the bamboo splints into the wall, so that they would get deeper into the flesh and cause greater pain. But our martyrs were so comforted by the thought that like soldiers in the thick of the fight they were being observed by the King who was readying their reward, and suffered it all with superhuman fortitude and even extreme cheerfulness.

What caused them the most suffering was the height of cruelty of the judges in ordering that rough bamboo sticks be driven into the ducts of their genitals, and the intense pain was thus compounded with the humiliation and shame when unclean and immodest men without any sense of good breeding carried out this doubly painful torture. It is related that when the nude body of the holy martyr Fr. Domingo de Erquicia lay prostrate inside a pit, it could not be turned around, which was considered an intervention of God; but this did not happen with our present martyrs, and it is easy to imagine the agony they sustained at being so unchastely treated. Surely this was their greatest torture and affliction, and even the oppressors resolved not to subject them to further maltreatment, and sent them away, and for the nonce the two Friars were brought back to jail.

The news spread that the Friars were subjected to the torture of the bamboo splinters thrust into their fingers, which was still unheard of and considered as most painful and so terrifying to the lay Christians. Thus the holy martyrs tried ever to hide their wounded hands to avoid causing panic among their jailmates. One witness that was asked about events pertinent to this *Relation* asserted that, having gone twice to jail to speak with the Friars, after having outwitted the guards, he made his confession to both of them by turns, but did not see their hands which were carefully hidden under the scapular (our Friars had put on their

habits immediately after being caught). But this witness could perceive that their hands were swollen and badly hurt. This torment was so fearful that though the Japanese could muster courage enough to be crucified or burned slowly or boiled alive, still they were too frightened with this torture that the martyrs tried to hide their hands and forced themselves to look happy and gay.

On November 11, 1634, sixty-nine Christians were brought out of jail, some to be burned, others to be beheaded, and our two glorious martyrs to be thrown alive into deep holes. It was a Saturday, and though the liturgical office of that day was not of our Lady *in Sabbato*, as it was the feast of the glorious St. Martin, nonetheless it was a day that our holy faith consecrates to this Lady, and the martyrs expected their eternal reward to come on that day after having suffered so much to defend her picture.

All were ridden on horseback, their hands bound behind, and their necks noosed in ropes. The two Dominican knights, courageous captains in the army of Christ, namely, the holy Fr. Jordan de San Esteban and the saintly Fr. Tomás de San Jacinto, led their companions in martyrdom. To their bound hands streamers were attached on which their sentence of death and the reason thereof were written in Japanese characters. Such reason was their audacity to preach and teach the Christian faith in Japan. For those who could not or disdained to read the streamers, criers shouted at the top of their voices the announcement on the streamers. Many soldiers and agents of the law, including the judges themselves, milled around, to witness the execution of the martyrs and to pronounce them dead afterwards.

Amidst such din and confusion they all reached the Holy Mountain, the site of execution, which was less than one-fourth of a league from the city of Nagasaki. Right then and there inside a fence of stakes were the means prepared by the devil for the execution, namely, clubs, knives, gallows, deep holes, and so forth. There was a big throng of curious onlookers, mostly pagans, who came to see the execution of the soldiers of Christ, but there was also a sprinkling of Christians who honored the holy martyrs in a kneeling posture, without giving themselves

away, because a Japanese sits on the floor in a position similar to our double genuflection.

Upon catching sight of the place of execution, the condemned Christians started shouting greetings to their crosses, and quickly dismounted. The Friars, as soon as they reached the place, knelt down, kissed the earth and the openings of the holes or pits, and gallows from which they were to be hanged, because the earth there had been soaked in blood of many previous martyrs, and again it will be irrigated with their own blood. There were two gaping holes or pits, a yard square and two yards deep, and over them were gallows hanging from above and reaching near the mouths of the hollows. When the holy martyrs-to-be beheld the executioners readying themselves to execute them and end their lives and also their earthly sufferings, they bade goodbye to each other at the top of their voice, and recited again the *Act of Faith* for which they were about to die, the faith they taught, without which no one can be eternally saved. They also protested against the inhuman severity of the judges, to instill holy courage into the hearts of those who were to suffer with them. To silence them the judges ordered them hurled into the ground and tied at their legs, and each was hanged from the gallows from their feet so that half of the body entered the hole or mortise of wooden boards that covered the pits. These wooden boards had big stones on them to exert a downward pressure upon the hanging bodies, which oozed with so much blood through the mouth, eyes and nostrils. Indeed this was among the severest tortures invented by the cruel judges. Fr. Jordan was thus tortured for seven days, and Fr. Tomás for somewhat less, hanging by their feet, their bodies partly inside the pits, without food and drink, and thus they confounded the impotent tyrants and in stride set a shining example of valor and fortitude to the Japanese Christians awaiting to be executed too. Thus their ordeal came to an end, and their eternal rest and happiness commenced.

Whosoever the Lord honors with the privilege of so glorious a martyrdom, choosing him as one of His table for being a close friend and a witness of our faith, deserves that his other wonderful deeds be spread, even if such would be of little use without such a crowning glory of martyrdom. Indeed I know as an eye-witness the extreme piety of the holy martyr Fr. Jordan, as well

as his uncommon humility and modesty, his exact observance of our Constitutions, his excessive mortifications, including the hair-cloths, the two-pronged wire chain which he used to flog himself with. Well, two other interesting events in his life are generally unknown and worthwhile recording. One is that a soldier entirely unknown to him came, and the holy man scolded him mildly for not having confessed well for so many years. The soldier told another Friar that such was the case which none could have learned except with revelation from above. Another incident is that once Fr. Jordan had already begun the Mass, when a Spaniard in the church noticed that he stopped, and had his eyes raised cheerfully, and later beckoned at him and told him that according to a warning from above he should stop the Mass because the wine was mixed with sea water. It was known that he had not tasted it beforehand that no one had informed him of it, before approaching the altar. The Spaniard tasted the wine, and found that it was really mixed with sea water, and regarded it as miracle for Fr. Jordan to have known it, and later spread this strange incident after the holy Friar had left for Japan.

CHAPTER 5

THE GLORIOUS MARTYRDOM OF THE HEROIC WOMEN MARINA AND MAGDALENA

The Christians of the persecuted Church in Japan devoted themselves to sundry pious and good works while awaiting momentarily the probability of martyrdom, so that all their desire and effort were directed to their progress in virtue and holiness. And thus the majority wanted to be enrolled in religious associations to be spiritually protected, and to be often visited, consoled and administered the Sacraments by the Friars, who, however, chose for such associations only those who have been exercised and tried in virtue. Fr. Luis Exarch (whose life and glorious martyrdom were recorded in a printed *Relation* by this Province and sent to Spain) gave the habit and profession of the Dominican Third

Order to a Japanese woman of holy life, a model for all Christians of Vomura and the solace and comfort of all the persecuted ministers of the Gospel. Her name was Marina, about whom the holy martyr Fr. Jordan says in a letter that he had written her biography in which he calls her *The Most Courageous Woman of Japan*. Now I'll give the little information I could gather about her glorious and stupendous death, about which more is known than about her beginnings.

Sister Marina was taken prisoner for being a Christian and for having given aid and shelter to the ministers of the Gospel. She declared outright before the judges to have the most valuable fortune of being a Christian, and also a Religious of the Dominican Third Order, due to the merits of Christ and of our glorious Founder. The judges were inquisitive about the Third Order, which was unknown to them, and asked her lengthily what were her duties as a Religious of such. She replied that she was bound to obey her Superior, to keep perpetual chastity — a virtue most highly esteemed by God of the Christians, Who rewards the hundredfold the surrender of one's own will and the oblation of one's body and soul.

So the judges devised for her a torture unknown yet in Japan, which they knew was easy to carry out, but was very repugnant to the modesty of any woman and more so to a consecrated soul, so inhuman and shameful, and you guessed right! — it was to expose her entirely nude to the sight of all. The holy woman Marina endured this inhumanity for the confusion and frustration of the judges. Later other Christian women would undergo this ordeal with equal spiritual triumph.

Sister Marina was thus stripped of all her garments and carried for a burlesque show of sorts from town to town in the region of Vomura. She would be tied to a stake, her hands bound behind so that she could not cover her private parts, but she remained constant ever in her faith, unflinching and courageous to be counted among the most admirable and heroic martyrs during the whole persecution in Japan. She continuously preached to the onlookers, reminding them that, being all born of a woman, they should not ogle at her lewdly or entertain impure thoughts and desires at her sight.

This glorious saint, aside from this her undescribable suffering, endured from fatigue in walking long distances, thin and frail that she was, and also from starvation and thirst. On one occasion when her thirst was unbearable, she insisted to be given a cup of water that she stirred the hearts of her executioners to pity. But it was a deserted place without any spring, creek, brook or river. However, she pointed to a certain spot where she assured they could find the precious drink. They were sure there could be no drop of water there, but the Lord made it to appear, and thus He honored and exalted her, quenched her burning need, and instilled a special respect toward her among her guards, who since then treated her with all possible respect and modesty in the execution of her martyrdom.

With such fortitude and constancy amidst that humiliating and shameful torture meted her for professing the faith of Christ, which she publicly proclaimed and readied herself to die for, the judges, to put an end to their own bafflement at the hands of a frail maiden, sentenced her to die by slow fire, a kind of martyrdom which is not among the most painful, and thus she suffered it with great cheer. When the time was up for her to be put to death thus, she vied with the heroism of the holy martyrs Frs. Jordan and Tomás. Burning in both body and soul in her love toward her Divine Spouse, and ripe in merits, she left this valley of tears to enjoy the crown of martyrdom in the arms of her Spouse. Her remains with the ashes mixed therewith were thrown into the sea lest the Christians should keep and honor them as relics, but her clothes and other possessions are honored in all Japan particularly by women who regard her as an "Advocate of Fortitude." In Japan she has also been named "*The Courageous Woman*."

* * *

SISTER MAGDALENA. — The legitimate daughter of two famous martyrs who had succumbed during the earlier period of the persecution in Japan, she was a regular penitent of, and a Tertiary donned the habit by, Fr. Jordan de San Esteban, as he says in his already mentioned letter, in which he overlooked to mention the names of her forbears as well as her surname. He says, however, that, bereft of parents at the age of 22, she made

the vow of virginity before an image of the Rosary, to be worthy and loving a spouse of our Lord.

In less than two years, says the holy martyr Friar, she confessed to him twice, which is more than usual during the severe persecution during those last years at Nagasaki — she hailed from a small town near this city. She left her home and hid in the mountains with her books and pamphlets in Romanized characters or letters, thus avoiding the temptation to lie about her knowledge of Occidental alphabets, for such knowledge was regarded as one of the probable clues of being a Christian.

When she heard that the Friars had been caught and there was no other Dominican Friar left (Fr. Jordan, as already said, had admitted her to the novice's habit in view of becoming later a full-pledged Tertiary), she made her way right to jail and confessed being a Christian and novice under the said Fr. Jordan, and declared that she saw fit that she also be imprisoned in order to die with her spiritual father and Superior, who was already in jail. In pity the guards brushed her aside, saying that she was just such a young and frail thing, and could not bear the horrible tortures to be imposed on the Friars. She insisted in being locked in jail, but she was again shooed away. Thence she went to the court, and told the judges that she deserved to die together with the Friar who had admitted her to his Order. She was told to think it over and perchance come the following morning. Come she did, and was lodged in prison.

This is the gist of what the holy martyr Fr. Jordan wrote about the life and imprisonment of Sister Magdalena. In so brief an account we get a glimpse into the high degree of virtue and progress in courage and fortitude she attained during her hiding away from home, often hungry and clothed in rags, exposed to the mercy of the elements day and night under the blue heavens, while to the empyreal Heaven she sang hymns and psalms that redoubled and enhanced her already sterling bravery. Indeed in her earlier years she dread to show up before the tyrant and to undergo the tortures of a martyr, and so did not confess her faith when her earthly parents were executed. The good Lord in His secret designs postponed her martyrdom, because she still needed to spend her earlier years in solitude, occupied in prayer and good

works. But when she was older in age, and her spiritual fathers were caught and imprisoned, she hastened to face the investigators and persecutors. The holy martyr Fr. Jordan could not particularize the manner of martyrdom of this glorious saint, though he was informed about it, as he was not allowed in jail the use of paper and pen. Thus I tried with some success to gather some information thereof.

At first, to make this holy woman deny the Christian faith, she was importuned with many offers of money and promises of being married to a man of means. The judges took great pains to make her change her mind, because they were reluctant to sentence to death such a pretty and charming maiden. However, she was hurt to the quick in being regarded as so weak as to exchange her divine Spouse for a husband and riches of this world. And thus she scorned all the offers and braced herself up for the martyr's death. When the judges despaired of persuading her to desist from her purpose, they ordered her hanged from the gallows by her arms, and she stayed thus for a long while without betraying any sign of pain, until she told the executioners to tie her more tightly as the knot was loosening, but they left her to slide down. Guessing she had already changed her mind due to the excess of pain, they asked her once again whether she was ready to recant in her Christian faith. She answered: "I resent your treating like a 'kid' by giving me so little a torture; but though you would increase it the hundredfold, I would never abandon my Christian faith." Enraged with this reply, the tyrant ordered her fingers pierced with bamboo slivers between the nails and flesh, and afterwards she was forced to press and claw the ends of the slivers into the ground.

The Lord gave this frail girl so much courage that she did betray the least sign of pain nor did she withdraw her eyes from the Heavens above from where aid was being showered on her. The tyrant had planned and promised to break and subdue the will power of all Christians, for this was the purpose why the Emperor raised him to his present position, but was exasperated and lost entirely his patience, incensed beyond measure at seeing himself put to shame by a young lass. So he ordered her hanged by her feet so that her head would drop into a jug of water. So it was done, but when she was about to suffocate, she was raised from

the water and asked again whether she still wanted to remain a Christian. She replied that she was ready to die a thousand times as a Christian, and so they dropped her head into the jug of water repeatedly. The tyrant, unaware that it was a superhuman courage from on high that sustained her, did not lose hope to break her down; and commanded that she be forced to swallow plenteous water which was later expelled by the mouth, eyes and ears with the weight of boulders rolled over her body. This is the same sort of torture used earlier with the holy martyrs Frs. Jordan and Tomás. She was thus punished again and again, until the tyrant, wearied, left the maiden victorious and deeply comforted.

Sister Magdalena languished in jail from the first days of September until the beginning of October of 1634, when she was brought out in company of other Japanese Christians to suffer for the common cause of their religion.

Ridden on horseback through all the streets of Nagasaki, the martyrs-to-be had their hands tied behind, as I have said of the earlier martyrs. All the soldiers of Christ were resolute and dauntless, but she was the center of all attraction, because she had been talked about a lot, and, moreover, she also talked a lot with so forceful an eloquence as to melt to compunction the very rocks.

They reached the site of martyrdom, of which the most cruel process was reserved for our holy maiden, which was that of the pit or well. She was hanged by her feet into it, half of her body inside, through an opening in a big board of wood that covered the well. On this board big stones were placed to further exert pressure on her body downwards, and much blood oozed from her mouth, ears, eyes and nostrils. This superhuman torture was endured by her for thirteen and a half days, during which she was not given any food or drink. She should have died from such a long abstinence earlier, as it was above the capacity of human nature to suffer, even were she not hanging as already described.

The judges asked the executioners whether she had already expired, and getting a negative answer, they suspected that she had been fed. So came the order that no one should ever approach her under pain of death, and they themselves went to see her later,

and found her indeed too much alive, cheerful and singing hymns. They inquired how she had lasted till then with so great sufferings and without food or drink. She answered: "Don't bother, because I'll not die yet of this torture, because the Lord, whom I adore, sustains me, and I feel His hand over my face to invigorate my body." The judges flew into a rage, and to avoid any suspicion that what happened with the miraculous aid of God was the work of some Japanese Christians secretly feeding her, and thus they too be condemned and punished for such a suspicion of their negligence, they struck her violently on the head, and left her half-dead. That night it rained heavily, and the pit was filled with water, and she was found suffocated and dead in the morning. Indeed the torture of the pit alone was not sufficient to end her life. This was her heroic demise to this world and her entry into life everlasting in heavenly bliss.*

* A. P. MSS. t. 302, folios nn. 121-128.

* * *

BOOKS RECEIVED

AMATO, A., *Problemi Attuali di Cristologia*. Biblioteca di Scienze Religiose (12), Rome, 1975, 155 pp.

AUBERT, J.M., *La Mujer. Antifeminismo y cristianismo*, Barcelona Ed. Herder, 1976, 220 pp.

BAUER, B.J., *Temas candentes para el cristiano. De la A a la Z*, Barcelona, Ed. Herder, 1976, 575 pp.

BERGER, P.L., *Rumor de Angeles. La sociedad moderna y el descubrimiento de lo sobrenatural*, Barcelona, Ed. Herder, 1975, 172 pp.